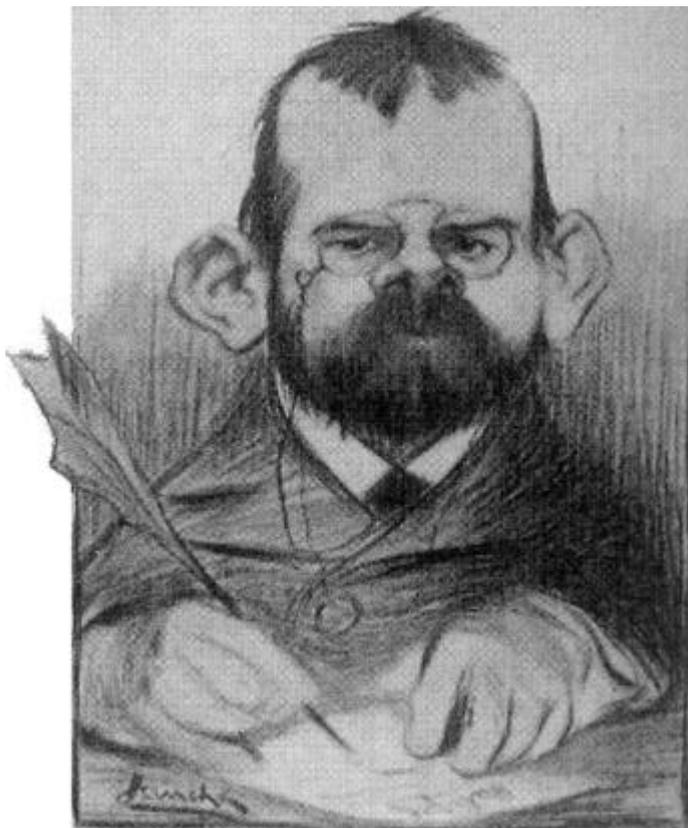


BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DEL ATENEO

SEGUNDA ÉPOCA – AÑO II N.º 11
MADRID, ESPECIAL DE 2001



Leopoldo Alas Clarín. CARICATURA DE SANCHA
(Tomada de Madrid Cómico)

A handwritten signature of Leopoldo Alas. The signature is written in a cursive, flowing script. The name 'Leopoldo Alas' is clearly legible, with a long, sweeping underline that extends across the width of the signature. The signature is enclosed in a thin rectangular border.

**SELECCIÓN DE OBRAS DE LEOPOLDO ALAS “CLARÍN”
EN LA BIBLIOTECA**

- Apolo en Pafos*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1988
B. Pérez Galdos. Estudio crítico biográfico... Madrid: F. Fe, 1889
Cuentos. Oviedo: [s.n.], 1953
Cuentos morales. Madrid: J. Cruzado, 1896
Doña Berta. *Cuervo*. *Superchería*. Buenos Aires: Emecé, 1943
El derecho y la moralidad. Madrid: Casa Edit. de Medina, [s.a.]
Ensayos y revistas 1888-1892. Madrid: Enrique Rubiños, 1892
Folletos literarios. Madrid: Ricardo Fe, 1886-91
El gallo de Sócrates. Colección de cuentos. Madrid: Maucci, 1901
Nueva campaña. Madrid: E. Rubiños, 1887
Narraciones breves. Barcelona: Anthropos, 1989
Obras completas. Madrid: Renacimiento, 1912-16
Páginas escondidas. Madrid: Imp. Fortanet, 1917
Paliqne. Madrid: Francisco Española, 1893
Pipa. *Amor e furbo*. *Mi entierro*. *Un documento*. *Avecilla*. *El hombre de los estrenos*. *Las dos cajas*. *Bustamante*. *Zurita*. Madrid: Fernando Fe, 1886
Preludios de “Clarín”. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1972
Programa de elementos de economía política y estadística. Madrid: [s.n.], 1882
Rafael Calvo y el teatro español. Madrid: E. Rubiños, 1890
La Regenta. Barcelona: Daniel Corteso y Cia., 1884
El Señor y lo demás, son cuentos. Madrid: Suc. de Rivadeneyra, [s.a.]
Siglo pasado. Madrid: Ricardo Rojas, [s.a.]
Solos de Clarín. Madrid: Aurelio J. Alaria, [s.a.]
Su único hijo. Madrid: Enrique Rubiños, 1890
El utilitarismo como distintivo de la sociedad estatal. Oviedo: [s.n.], 1891
Zurita. Madrid: [s.n.], 1900

EL TIEMPO DE CLARÍN

La duración cronológica de la vida de *Clarín* (1852-1901) prácticamente se solapa con la segunda mitad del siglo XIX y su mentalidad y actitud intelectual viene a ser convergencia de las tendencias y tensiones que se produjeron en esa época. En 1875; es decir, coincidiendo con su primera madurez intelectual -23 años-, se produce la Restauración canovista y el Krausismo, que había sido la filosofía de las clases intelectuales y progresistas del país -es decir, las que habían hecho la revolución de 1868 y traído la I República-, sufre su primera crisis, atacado por el naciente y poderoso impulso del positivismo. Krausismo y positivismo entran en liza, pero pronto llegarán a un compromiso, que es el “Krausopositivismo”, una filosofía que sin perder el impulso idealista y ético del primero, recibirá el impacto de otro credo filosófico para el cual los datos empíricos y la observación experimental constituyen la primera garantía de verdad.

Clarín, que había conseguido la licenciatura de Derecho en la Universidad de Oviedo, pasará en 1872 a Madrid para realizar estudios de Filosofía y Letras. Trae en mente realizar estudios con el entonces famosísimo Nicolás Salmerón, catedrático de Metafísica en la Universidad Central, aunque todavía no había llegado a Presidente de la I República, lo que ocurrirá un año después. Sin embargo, cuando llega a la clase del ilustre prócer lo que encuentra

es lo siguiente: “En el sillón del catedrático estaba un joven de poco

más de veinte años, moreno, de aventajada estatura a juzgar por el busto...; lo que tenía enfrente era la Metafísica krausista explicada por el sustituto de Salmerón, el que hoy es mi queridísimo amigo y siempre maestro (desde aquel día) Urbano González Serrano”. Es curioso que una afirmación tan radical y explícita - “siempre maestro” - no haya despertado mayor interés; García San Miguel la despacha diciendo que “fue probablemente un contacto accidental que no se repitió durante aquel primer curso”. Por nuestra parte, está claro que, al ser González Serrano uno de los principales expositores del krausopositivismo, este autor influyó decisivamente en su planteamiento filosóficos y estéticos, y así viene a reconocerlo el propio *Clarín*, en otro párrafo, donde dice textualmente: “Fue González Serrano discípulo predilecto de Salmerón, y explicó muchas veces en su cátedra de Metafísica. Comenzó siendo krausista de los

verdaderos, de los pocos que lo era por esfuerzo real de la propia reflexión; pero su carácter independiente, la fuerza y originalidad de sus pensamientos, le fueron dando poco a poco una especie de autonomía intelectual que le llevó a un prudente criticismo que confieso que me enamora”. Tanto le enamoraba, que se identifica con él. Está claro que esa filosofía criticista no es otra que el krausopositivismo.



Urbano González Serrano

Es bien sabido, por otro lado, que a través del krausopositivismo se van a introducir las Ciencias Sociales en España, y que González Serrano puede ser considerado como el introductor de la Psicología empírica, siguiendo orientaciones que venían de Francisco Giner de los Ríos. La Institución Libre de Enseñanza, fundada y dirigida por éste, se iniciará a la vida pública en 1876.

En ese año *Clarín* cumple 24 y podemos decir que todo lo que ocurre en esa emblemática fecha viene a influir decisivamente en él durante el resto de su vida. En 1876 se produce la famosa “polémica de la ciencia española” entre Menéndez Pelayo y los krausistas, mientras Giner da una respuesta práctica a la cuestión colocando a la Ciencia en el objetivo prioritario de la Institución Libre de Enseñanza. Y es que ya en esa época el conflicto entre Ciencia y Religión ha estallado con toda su virulencia, como lo demuestra el que también en ese año se produce la publicación de la traducción española del libro de J. W. Draper, *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, obra que levantará a su vez una gran polémica. El conflicto reducido a su más esquemática simplificación puede exponerse así: la ciencia se limita a constatar empíricamente los datos obtenidos por la observación experimental y elaborar hipótesis que los expliquen, rechazando cualquier referencia a lo espiritual o suprasensible, es decir, a la religión, mientras ésta se basa en la revelación para afirmar creencias que son contrarias a los datos de la ciencia: teorías sobre el origen del hombre (evolucionismo) o excavaciones en los lugares bíblicos (arqueología). En una palabra: la ciencia es incompatible con la religión y ésta con aquella.

En esta tesitura, *Clarín* adopta una postura de compromiso. Como catedrático

de Derecho, se aferra a los principios del idealismo krausista y defiende la estrecha vinculación entre los principios jurídicos y la moralidad, tal como lo hizo en su tesis doctoral (1878). Pero como novelista, es un fiel seguidor de la técnica naturalista más exigente y, por tanto, un positivista a ultranza.

Aceptar este punto de vista, permitiría resolver ciertos malentendidos. Por ejemplo, el que surge cuando *Clarín* se autocalifica en una época de su vida como “idealista de cátedra” para explicar el rechazo que experimentó ante cierto tipo de novela naturalista, sobre cuya estima había cambiado de opinión: “Hoy considero - dice hablando de sí mismo- novelistas de primer orden a Flaubert y a Zola, honra de la novela francesa.” Estas afirmaciones son comentadas por Sainz Rodríguez, diciendo que “nos dan clara luz para entender la evolución filosófica de *Clarín*. El naturalismo era una *técnica* literaria, pero en su seno llevaba una filosofía y, forzosamente, tenían que caer en el determinismo los que no acertasen a separar uno y otro aspecto. Algo de esto ocurrió a *Clarín* y, por influjo naturalista, dentro de cuya manera produce su labor de literato, siente flaquear aquel *idealismo de cátedra*”. Afirmaciones comentadas por García San Miguel en estos términos: “Según esto, se había operado una cierta influencia del positivismo, influencia ciertamente limitada y que no le había llevado a abandonar por completo sus posturas idealistas”. No se dan cuenta ambos críticos que en el krausopositivismo sigue operando el idealismo, bajo la aceptación de concretas doctrinas positivistas (entre las cuales, por supuesto, estaba el naturalismo literario, igual que lo estaba su adscripción al darwinismo) como un compromiso que es entre especulación (idealismo) y experiencia (positivismo). Por ello, el rechazo del *idealismo de cátedra*, no supone abandonar sin más el idealismo

(krausista), sino hacerlo acorde con el sentir (positivista) *de la calle*. En conformidad con su postura krausopositivista, *Clarín* puede aceptar el naturalismo literario implícito en el positivismo filosófico, igual que aceptar el darwinismo biológico, sin rechazar determinadas preocupaciones metafísicas y éticas provenientes del

idealismo krausista. Sólo así pueden explicarse las aparentes contradicciones y ambigüedades que señalan ambos críticos, las cuales, por otro lado, no son sino reflejo de las propias contradicciones específicas de su tiempo. En resumen *Clarín* vivió su tiempo en profundidad y con las contradicciones propias del mismo.

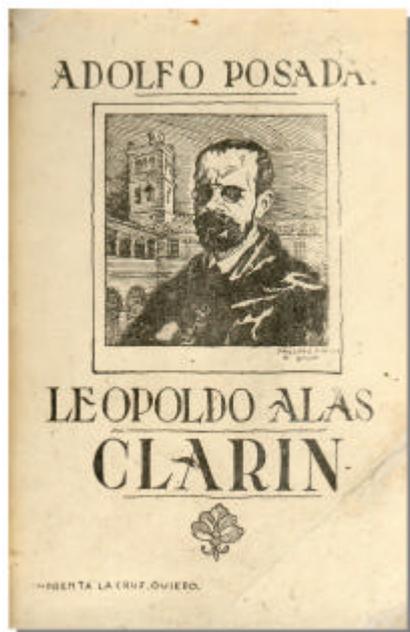
José Luis Abellán
Presidente del Ateneo

APERTURA DE LAS CONFERENCIAS DEL CENTENARIO DE LA MUERTE DE CLARÍN

No es caprichoso que el Ateneo de Madrid se sume a la conmemoración del centenario de la muerte de Clarín con la celebración de estas conferencias.

El Ateneo fue esencial en la etapa de formación del autor de *La regenta* y en la de su consolidación como agudo crítico de la sociedad española.

En el Ateneo encontró *Clarín* un lugar privilegiado para tomarle el pulso a la sociedad de finales de las últimas décadas del siglo XIX. Los primeros contactos de Clarín con el Ateneo datan de 1871 en que desemboca en Madrid para doctorarse en Derecho y estudiar Letras en la Universidad Central como antes Bécquer y como Galdós, *Clarín* en realidad forma parte de una larga nómina de escritores venidos de provincias a conquistar Madrid, consecuencia del centralismo político de la villa española, para el provinciano que hacía sus primeras armas literarias en la capital de España.



El Ateneo era por un lado un seguro refugio para escapar a la grisura de los hospedajes y por el otro una posibilidad de pegar el oído a la pared de las ideas filosóficas y literarias que encandilaban a la juventud de la época

Adolfo Posada, uno de los biógrafos de Clarín, dice que en sus largas estancias madrileñas Leopoldo Alas trabajaba o discurría tarde y noche casi a diario en el Ateneo y que el asiduo ateneísta que era *Clarín* en sus años de vida madrileña intervino en las principales discusiones de las secciones en que el Ateneo se dividía para especializar sus tareas debatiéndose en cada una el tema acordado en el año anterior.

El Ateneo, o mejor dicho su influencia está presente de refilón en varios títulos de su obra cuentística, por ejemplo “Don Tristán de las catacumbas” el personaje del *Poeta búho* dice haber aprendido su arte poético en el Ateneo; un personaje de Bustamante llamado “Blindado” tiene su púlpito en el Ateneo donde se reía de Moisés y de Kraus. El protagonista de *Novela realista*, es también un poeta aficionado al Ateneo. En estos relatos el Ateneo aparece siempre como una mera referencia cultural penetrada siempre en un contexto irónico que refuerza el objetivo satírico que el autor se ha propuesto llevar a cabo.

Pero es en el cuento *Zurita* donde el Ateneo cobra mayor relieve, como ha escrito en esta recopilación de los *Cuentos completos de Clarín*, la profesora Richmond parece recoger ficcionalizadas muchas experiencias madrileñas del joven Leopoldo Alas; Aquiles Zurita es un joven estudiante de treinta años pobre y lleno de tesón que ha logrado varios títulos

académicos y que sueña en su rincón alcarreño con ir a Madrid para escuchar a los sabios de la universidad y del Ateneo. El propio *Clarín* vivió en Guadalajara siendo niño en el año de 1865 a donde llegó con su padre nombrado gobernador civil de la provincia. A fuerza de ahorros, becas y trabajos, Aquiles Zurita ve cumplido su sueño y se traslada a la corte, donde, como *Clarín* se matricula en la universidad, en la posada conoce a un filósofo que le pone en antecedentes de las modernas teorías krausistas; Zurita se hace socio-transeúnte del Ateneo para de este modo tener acceso a las corrientes filosóficas que procedentes de Europa están cambiando el panorama cultural y político español. Más tarde al igual que el propio *Clarín* tras su militancia krausista Aquiles Zurita abrazará la filosofía positivista, -escribe *Clarín* en este cuento:

-“Por aquel tiempo algunos jóvenes empezaban a decir en el Ateneo, que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir. Que de tejas arriba todo era conjeturas; que así se sabía lo que era la esencia de las cosas como se sabe si España es o no, palabra vascongada. Casi todos estos muchachos eran médicos, más o menos capaces de curar un constipado, alegres, amigos de alborotar y despreocupados como ellos solos”.

Es precisamente en el Ateneo de Madrid, uno de los centros difusores de la nueva doctrina formulada por Auguste Comte, donde, entre 1875 y 76, se propagan sus ideas.

En cierto modo Aquiles Zurita es como *Clarín* un producto fermentado al calor de las discusiones intelectuales que tienen lugar por esas fechas en el Ateneo. En sus pasillos pierde el tiempo el provinciano, intentando desvelar los misterios del mundo, rehén de sus propias elucubraciones, mientras la vida pasa a su

alrededor sin que él haya sacado tajada. Tal vez convenga recordar también en “tiempos de intertextualidad“, que este cuento fue causa de una de las muchas escaramuzas que libraron.

Aramís, o sea, Luis Bonafoux el periodista Luis Bonafoux y el propio *Clarín*. Aramís acusaba a *Clarín* de plagiarlo y en este caso de Flaubert, cosa que no deja de ser una deliciosa tontería por parte de Luis Bonafoux, sin embargo, es el pali que lleva por título *Guía de forasteros* donde *Clarín* refleja el ambiente del Ateneo con mayor extensión y gracia. El protagonista recibe la visita de un caballero alemán y para combatir los prejuicios que tiene el extranjero sobre la vida intelectual española, madrileña concretamente, decide llevarlo al Ateneo al que denomina "cerebro de España”,

-¿Aquí en este caserón viejo, feo y pobre se alberga la masa encefálica de la península? Pregunta el alemán.

-Qué quiere usted, aquí los sabios somos pobres.

-¿Cómo somos? ¿Usted es sabio también?

-¡Ah! Ya lo creo, figúrese usted, soy socio fundador.

-¿Usted ha fundado el Ateneo?

-No señor, pero he pagado diez duros al ingresar en la sociedad.

El cicerone conduce a nuestro visitante por el Ateneo y escribe que por los oscuros pasillos del lóbrego caserón iban y venían gran cantidad de ideas y pedacitos de masa gris, de hongo unos, y otros de sombrero de copa. Le acompaña a la biblioteca y le recomienda que no haga caso de los avisos de silencio porque si usted quiere darse a conocer y distinguirse grite usted más que nadie, es más, el colmo del buen tono es hablar alto no solo en los pasillos, sino en la biblioteca, así hacen las personas notables cuando vienen por aquí. Acto

seguido pues muestra la actividad de cada una de las secciones, la de Religión, la de Ciencias Morales y Políticas y la de Poesía, donde asisten a un recital de Núñez de Arce.

Por otra parte a mediados de julio de 1897, *Clarín* recibe la invitación del Presidente del Ateneo Segismundo Moret para que dé unos cursos o una serie de conferencias en torno a la crítica literaria. El veintidós de ese mismo año, el escritor declara su aceptación del reto. Pero pide cambiar el título del curso y que en lugar de hablar de crítica literaria, prefriere hablar, concretamente, de religión y de filosofía, bajo el título *La religión en la filosofía novísima*. Básicamente el curso consiste según sus propias palabras en efectuar un repaso de la filosofía modernísima en las tendencias de renacimiento metafísico y de alto sentido religioso o dicho de otro modo un curso cuyo propósito es el de la restauración idealista y religiosa de la literatura.

De aquellas conferencias nos ha quedado una crónica bastante ácida de José Martínez Ruiz “Azorín”, en el *Progreso*, el periódico que dirigía Alejandro Lerroux. José Martínez Ruiz era entonces el joven anarquista que había aterrizado en Madrid con un paraguas rojo, es decir, otro provinciano embarcado en la tarea de conquistar Madrid utilizando la pluma como si fuera una bayoneta. Dice del Ateneo que es un centro puramente burgués muchos tubos y ninguna blusa y dado que para asistir a los cursos se paga una peseta, escribe con sorna que los establecimientos oficiales son más liberales. Después da un lanzazo sobre la principal de las premisas defendidas por *Clarín* en el sentido que la

caridad es la única herramienta moral para combatir los excesos de la sociedad capitalista. *Clarín* abomina en esta conferencia del socialismo marxista anteponiendo el cristianismo de Roma como verdadera fuente de progreso para la vida española. “Azorín” amparado en los santos padres defiende el derecho frente al sentimiento y ve en *Clarín* un representante del régimen existente.

Razón no le faltaba a “Azorín” a tenor de lo que sucedió un año después con la crisis del noventa y ocho. Pero la verdad es que no va a pasar mucho tiempo antes de que “Azorín” abjure de sus creencias y desemboque en un espiritualismo nacionalista, que tiene en lo español muchos vislumbres de los apuntados por *Clarín* en sus conferencias.

Respecto a la oratoria ateneística, los biógrafos de *Clarín* dicen que era un orador correcto, premioso a su palabra, no era ni argentina, ni atenorada, ni abaritonada su voz. Pero sabía decir con soberana claridad cuanto se proponía decir.

Sea como fuere el Ateneo tuvo una importancia decisiva en la formación intelectual de *Clarín* no sólo porque acabó convirtiéndolo en cuartel general de su producción periodística y literaria durante sus años madrileños, sino porque aquel viejo caserón de la calle de la Montera fue un verdadero centro de debate en la España de su tiempo, sustituto en muchas ocasiones de las aulas universitarias, de ahí que el centenario del autor asturiano tenga en el Ateneo de Madrid un hueco de honor a través de estas jornadas. Jornadas que hoy inaugura Carolyn Richmond.

Francisco Gómez Porro

“CLARÍN EN EL ATENEO”

Crónica de “Azorín”
Tomada del diario “El Progreso”

Anoche, en el Ateneo, segunda conferencia de Clarín.

Público numeroso y selecto: González Serrano, D. José Gálvez, D. Julio Echegaray, Benavente, Rueda, Valle Inclán, Montemar, etcétera, etc. Elemento manual cero.

El Ateneo -que no conocía, ni ganas,- es un centro puramente burgués. Muchos tubos y ninguna blusa. Para asistir a los cursos se paga una peseta. Los establecimientos oficiales son más liberales. La asistencia a las clases es libre.

Desde luego declaro que no voy á hacer crítica; ni se trata de eso, ni nos entenderíamos.

Leopoldo Alas, el espíritu de Leopoldo Alas en el asunto es heterodoxo; yo soy ortodoxo. Él predica la claridad; yo el derecho, de acuerdo con todos los Santos Padres. San Ambrosio, San Jerónimo, San Gregorio Nacianceno (y más cerca, Bossuet) lo han dicho en todos los tonos: la tierra no es de nadie, es de todos. Cuando damos al desgraciado con que se remedie – dice San Gregorio -, no le damos lo que es nuestro, le damos lo que es suyo. Ya ustedes lo recordarán: el otro día hacía aquí mismo estas citas y otras parecidas.

No puede haber, pues, según el verdadero espíritu cristiano, el primitivo, el auténtico: no puede haber, digo, caridad. Caridad supone concesión de algo que es de uno a otro; es decir, enajenación, donación que hacemos de una cosa que es nuestra. Ahora bien; si todo es de todos, como dicen los fundadores de la Iglesia; si todos los bienes de este mundo son comunes a sus

moradores en derecho, ¿Cómo predicar en buen cristianismo la caridad, un sentimiento que da por bueno y legítimo el régimen económico existente? ¿No es esto monstruoso? ¿No es anticristianismo? ¿No es contrario al espíritu de aquel hombre sublime a quién Renan en su libro Jesús, no en, la Vida, ha llamado ANARQUISTA?.

Repito, pues, que no nos entenderíamos, Clarín es un espíritu moderno; su cristianismo es de ahora, no es el evangélico; yo estoy por las tradiciones primitivas de la Iglesia, por una renovación... de la raíz, no de las ramas.

Y principió el maestro juzgando la religiosidad de España. El nuestro es un país religioso, no cabe duda. (Y lo dice más que nada, hablo yo, la actual exaltación revolucionaria de algunas de nuestras regiones, misticismo novísimo con otra orientación, a lo lejos, no arriba.) Pretender traer espiritualidad de otros países es como llevar hierro a Bilbao. Hay que distinguir, sin embargo, entre el espíritu vulgar y el culto. Si en algún país la teoría de Carlyle tiene perfecta aplicación es en España. Pero ¿Cómo entiende el vulgo la religiosidad? Por los más entiéndase en el sentido romano.

La palabra religión es exclusivamente romana, en ninguna parte se ha conocido, ningún pueblo la ha empleado. Ni griegos, ni celtas, ni fenicios la han usado. Los romanos entendían la religión como algo plástico, como algo mundano, como algo que era de la administración pública. La religión formaba parte del derecho. Y véase

la institución del pontificado, del pontífice, funcionarios encargados de ciertas obras públicas; y véase también la cuestión de la división tripartita, atribuida falsamente a Gayo...

Todo el derecho nuestro se basa en el derecho de las cosas sagradas; es derecho heredado de los romanos. (Excepto, digo yo, la gran corriente germánica, Ordenamiento de Alcalá, etc.) Hasta el siglo III no comienza a emplearse el término religión como algo del espíritu, como algo externo.

Nadie pondrá en duda nuestra gran religiosidad en tiempos antiguos y en la misma Edad Moderna; nuestros santos, muchos de nuestros hombres eminentes llegaron a la unión con Dios, a ese íntimo coloquio del alma con su creador. Sirvan de ejemplo Cervantes y Santa Teresa. (Un aplauso, maestro; Santa Teresa es el carácter español más extraordinario, más esforzado, más sublime que conozco.) En estos dos espíritus superiores está compendiada toda la identidad de España en aquella época. El Quijote en cuanto a lo espiritual, es un perpetuo monólogo.

Hay en nuestra patria momentos de gran lucidez y momentos de postración profunda. ¿Cuál no era nuestra postración al advenimiento de los Reyes Católicos? (Que no eran tan católicos como se dice; véase Coroleu.) ¿Cuál no era nuestra postración al determinarse ese gran movimiento nacional que se llama guerra de la Independencia? ¿Cuál no era el producirse otro movimiento más cercano y no infecundo en grandes consecuencias? Y, sin embargo, tras de cada aletargamiento de esos ha surgido, como se ve, potente y vigoroso el espíritu nacional, el espíritu religioso de España.

Italia está a nuestro nivel. En filosofía, sin embargo, predomina el positivismo.

Si alguna nación hay que merezca una excepción es Francia; su filosofía no es frívola, no es superficial; preocupase de las grandes cuestiones, y a ellas presta toda su atención. Francia en esto, está a la altura de Inglaterra, de Alemania, de los Estados Unidos.

Se hablará, pues, de Francia con preferencia, puesto que con ella tenemos analogía de predisposiciones, y puesto que para nuestra juventud, y esto es lo que aquí nos interesa, le ha de ser más fácil su conocimiento y estudio.

¿Existe en realidad ese nuevo espíritu de que hablaba un ministro francés?

Y antes de pasar adelante, quiero manifestar otro de mis fines, el más importante quizá. No me voy a dirigir sólo a los jóvenes; quiero dirigirme principalmente a los pobres, a los desheredados, los que lo sean, a los obreros, que muchos de ellos no lo son a los pobres, en fin, que es el término que mejor cuadra a mi idea. Porque yo, señores, no puedo llamarme socialista, no está en esa palabra todo lo que yo quiero. Preferiría la de ebionista.

Hay cierto modo de entender la cuestión social que me repugna: el marxista, hoy, afortunadamente en decadencia. El socialismo marxista es, como se ha dicho, un materialismo de la historia. Para Marx hay en la historia una apariencia de necesidad; lo ve todo determinado por esta necesidad... por la vida material. Esto es sencillamente reducir, empuqueñecer la cuestión social; limitarla a la cuestión del pan. Primero es vivir, dicen, que filosofar. Pero ¿Es que acaso las demás cuestiones no tienen tanta importancia como la material? ¿Es que la religión ha de entenderse en un sentido mezquino y estrecho, y no en aquel alto, noble e imperecedero de maestra de la

vida y mostradora de las grandes verdades? O la religión es algo esencial de la vida, o no es nada. ¿Cómo se intenta comprar esas pequeñas cuestiones con el problema capital de vida o muerte?

Se dirá que para llevar la instrucción a los pobres, para educarlos se necesitan ciertas comodidades, se hace precisa la vida holgada. Error. ¿Cuál era el modo de vivir de San Pablo? Todos sabéis que trabajaba como cualquier obrero; que tejía tapices. ¿Qué hacían los franciscanos en la Edad Media? Eran obreros como los obreros de nuestros días; recuérdese que San Francisco despidió a uno de los hermanos porque no trabajaba. (¿Y el elocuente ejemplo de Spinoza puliendo vidrios, maestro?) Es más; creo que esta vida favorece. ¡Cuántas veces el sensualista no sofistica para impedir ciertas soluciones!

Sí; son más grandes que la limitada cuestión social estas cuestiones. El hombre antes que un animal es un ser espiritual.

Todas las religiones tienden a pensar que son comienzo de una nueva vida, y no es eso. Por lo mismo el llamado nuevo espíritu no es nuevo, es renovado.

El cristianismo es la médula de la vida social. Así como adquiere hoy más fuerza que nunca la renovación espiritual, así podemos decir que hoy, en nuestros días, termina el Renacimiento.

El cristianismo, es verdad, tiene en él elementos que le perjudican para con

muchos; tiene esos exteriorismos que ofenden a la religiosidad de muchos. No pocos espíritus verdaderamente religiosos se ponen frente a esta renovación por esto. Pero también puede afirmarse que esos formalismos facilitan no poco la labor renovadora; me refiero a ciertas formas estéticas, costumbres familiares, etc. etc., todo eso de que Chateaubriand habló.

¿Tiene los caracteres de evolución este renacimiento? Algo sí; pero no en el sentido de novedad, que aquí sería negación. (El conferenciante tiene aquí hermosos períodos hablando de la evolución del mundo, del cosmos, del sentido profundamente poético de ciertos himnos litúrgicos... Habla elocuentemente de la Revolución francesa, de Robespierre, a quién, en cierto modo, considera como hombre religioso, y termina con esto la conferencia.)

Tal es, en líneas generales, lo que dijo.

Leopoldo Alas habla con facilidad, con palabra sobria, con frase exacta y expresiva. Da calor al discurso cuando la materia lo exige, y llega a la elocuencia, no ruidosa y de aparato, como aquí se entiende, pero sí conmovedora, que es lo que importa. Anoche estuvo feliz al expresar, por ejemplo, sus impresiones de los cantos religiosos aludidos.

Se le aplaudió sinceramente.

J. Martínez Ruiz

“CLARÍN CUENTISTA”

Estoy sumamente agradecida por esta invitación de parte del Ateneo de Madrid para participar en el ciclo de conferencias dedicadas a cuatro aspectos de la obra de Leopoldo Alas, “Clarín” (1852-1901). Siendo mi intervención la que inaugura dicho ciclo, quisiera empezar con unas palabras introductorias acerca de la significación de la figura de Leopoldo Alas en cuanto persona así como escritor.

“[E]l provinciano universal” le calificaría en 1936 su biógrafo Juan Antonio Cabezas, denominación en su caso sumamente apta (y designación que en décadas posteriores terminaría por aplicarse a más de un creador español nacido y domiciliado fuera de la corte...) Lo que nos llama la atención al leer hoy en día a Leopoldo Alas es su gran modernidad: autor de una de las grandes novelas decimonónicas, *La Regenta*, que sigue fascinando a generaciones de lectores, y de otra, *Su único hijo*, cuya inquietante ambigüedad anticipa la literatura del siglo veinte; de un centenar largo de cuentos y novelas breves gran parte de los cuales rebosan de una considerable actualidad; y de una vasta obra ensayística y periodística que pronto le valdría la fama de ser el crítico más temido de su tiempo, obra cuya vigencia, tanto temática como moral, constituye todavía otro rasgo de su modernidad, Clarín es un escritor no sólo de su siglo, sino del *Siglo pasado* (título, por cierto, de su último volumen de crítica) así como del que con tanta fanfarria se acaba de estrenar.

Gran conocedor de otras literaturas – además de las clásicas (que, como catedrático de derecho romano, leería en el original), la alemana (fue un gran admirador de Goethe), la inglesa, la italiana y, sobre todo, la francesa–, poseía Leopoldo Alas una cultura inmensa que impregnaría todo lo que escribió... para el deleite de generaciones de lectores que hayan sabido captar los múltiples niveles de referencias y alusiones que enriquecen todo lo salido de su pluma. Que estuviera en Madrid, donde pasó la década de 1870

de estudiante y periodista novel y adónde volvería con cierta frecuencia en años posteriores, o bien en su *querida patria* asturiana, adonde volvería para establecerse definitivamente al ser nombrado en 1883 catedrático de aquella universidad, sería siempre un personaje público polémico, con una legión de grandes amigos... y de grandes enemigos también.

Sea por escrito, sea por vía oral –sirva de ellos el testimonio de su colega y discípulo Adolfo Posada— defendía siempre Leopoldo Alas sus convicciones. Era, ante todo, un hombre liberal.

Retrato del Ateneo

Durante su época madrileña frecuentaba con asiduidad el Ateneo de Madrid, ubicado en aquel entonces en la calle de la Montera, en cuyas polémicas discusiones participaría con entusiasmo. Lo cierto es que figura dicho organismo, tan vinculado con la historia artística e intelectual decimonónica de este país, en la obra crítica así como narrativa clariniana, según podría servir de ejemplo la evocación del ambiente del Ateneo en los años 1870 que figura en los capítulos V y VI de una narración inacabada titulada *Sinfonía de dos novelas (Su único hijo. –Una medianía)*, reproducido en el segundo tomo de los recién publicados *Cuentos completos* de Clarín. El fragmento, cuyo protagonista se llama Antonio Reyes –el mismísimo hijo, ya mayor, de Bonifacio Reyes y Emma Valcárcel, con cuyo nacimiento y bautismo concluye *Su único hijo*-- , es de un enorme interés, no sólo para los interesados en la literatura española del siglo XIX sino

también –sospecho-- para los socios del Ateneo actual. Por ello reproduciré a continuación unas cuantas citas que quizá les animen a leer el texto entero:

[. . .] dio Antonio media vuelta automática, echó a andar hacia la Carrera de San Jerónimo, descendió por ésta, atravesó la Puerta del Sol, tomó por la calle de la Montera arriba y entró en el Ateneo.

Se vio, sin saber cómo, en aquellos pasillos tristes y oscuros, llenos de humo: allí el calor parecía una pasta pesada que flotaba en el aire, y que se tragaba y se pegaba al estómago. Sin saber cómo tampoco, sin darse cuenta de que la voluntad interviniese en sus movimientos, llegó al salón de periódicos, se fue hacia el extremo de la mesa, y se sentó [. . .].

“¡Qué país!” se puso a pensar Reyes, sin darse cuenta de ello; él, que hacía alarde desde muy antiguo de despreciar el país absolutamente y no acordarse de él para nada. “¡Qué país! Todo está perdido;” [. . .]

En el salón de periódicos comenzó cierto movimiento de sillas y murmullo de conversaciones en voz baja. Los socios pasaban a la cátedra pública. Los gritos de un conserje sonaban a lo lejos, diciendo: “¡Sección de ciencias morales y políticas! ¡Sección de ciencias morales y políticas!...”

VI

La cabeza de Cervantes de yeso, cubierta de polvo, bostezaba sobre una columna de madera, sumida en la sombra; y los ojos de Reyes, fijos en ella, querían arrancarle el secreto de su hastío infinito en aquella vida de perpetua discusión académica, donde los hijos enclenques de un siglo echado a perder a lo mejor de sus años, gastaban la poca y mala sangre que tenían en calentarse los cascos discurriendo y vociferando por culpa de mil palabras y distingos inútiles, de que

el buen Cervantes no había oído jamás hablar en vida. Sobre todo, la sección de ciencias morales y políticas (pensaba Reyes que debía de pensar el busto pálido y sucio) era cosa para volver el estómago a una estatua que ni siquiera lo tenía. [. . .]



En los pasillos también se disputaba. Eran algunos jóvenes que, sin sospecharlo siquiera Reyes, despreciaban las disputas de la sección. Hablaban también de filosofía, pero no tenía nada que ver su discusión con la de allá dentro: éstos habían venido a parar a la cuestión de si había o no metafísica a partir de la última novela publicada en Francia [. . .]. Un joven moreno, pálido, de ojos azules claros y muy redondos, soñadores, o por lo menos distraídos, hablaba con descuido, sin atar las frases, pero con buen sentido y con entusiasmo contenido.

--¿Quién duda, señores, que, en efecto, el positivismo ha de ir... no digo que sea en este siglo ¿eh?, pero ha de ir poco a poco..., vamos, modificándose, cambiando, para acabar por ser una nueva metafísica?...

Clarín, sus centenarios y otras conmemoraciones

Antes de pasar a la cuentística clariniana propiamente dicha quisiera sobre todo a los que menos memoria *efectiva* –o sea, histórico-real; no me refiero aquí a la *virtual*-- tienen de las últimas décadas treinta hasta la setenta, aproximadamente, de España recapitulando unos cuantos hechos relacionados con nuestro autor que no conviene relegar, voluntariamente o no, al olvido. Es corta la memoria colectiva.

Murió Leopoldo Alas de una tuberculosis intestinal el 13 de junio de 1901, a los cuarenta y nueve años de edad. Es éste el centenario que estamos conmemorando –y con creces, dicho sea de paso-- este año: no sólo se han ocupado de él los especialistas, con congresos internacionales en Barcelona y Oviedo, sino que hasta han llegado a involucrarse los políticos por medio de la formación de una Comisión nacional... ¡Qué situación más irónica después de tanto tiempo, de tanto vituperio y de tanto olvido!

Según dejo constancia más detallada en otro sitio (“Liberal convencido”), aunque pasarían las obras de Alas al olvido en los años inmediatamente después de su muerte –cosa por lo cierto nada inusitada--, sí existen testimonios de la admiración que le tenían tanto Unamuno (Adolfo Alas, ed. *Epistolario*), Azorín (“Oviedo”) y Pérez de Ayala (“Clarín’ y don Leopoldo Alas”) como el antes referido Adolfo Posada. Un primer intento de editar al comienzos del siglo veinte las *Obras completas* de Alas se suspendió tras la publicación del cuarto volumen. Vino luego la guerra civil, uno de cuyos horrores sería el asesinato en 1937, por los nacionalistas, de Leopoldo Alas, hijo mayor de nuestro autor y rector en aquel entonces de la Universidad de Oviedo.

El segundo hijo, Adolfo, estaba afiliado desde hacía algún tiempo, al bando fascista, algo que se trasluce sin lugar a dudas –al

contrario, con un entusiasmo desenfrenado-- en los prólogos y notas a los dos *Epistolarios* que publicaría poco después del final de la contienda. La deliberada falsificación en dichos textos de las ideas de su padre, de la que se da una muestra en el antes aludido artículo mío, no ayudó mucho sin embargo en la reparación del *honor* literario de su padre, cuyo nombre siguió siendo menospreciado --o bien, eliminado-- en los manuales de literatura española publicados en este país y cuya obra literaria daría campo libre para las tijeras de la censura. Sin embargo, algunos críticos españoles íntegros y *valientes* –piénsese, por ejemplo, en Emilio Alarcos, Mariano Baquero Goyanes, Francisco García Pavón y el infatigable José M^a Martínez Cachero-- dedicaron estudios valiosísimos a la obra clariniana.

Gracias a ellos en gran parte se llegó a celebrar en el año 1952 –de modo bastante silencioso, claro está... según correspondía al ambiente enrarecido por aquel entonces de la investigación universitaria-- el primer centenario del nacimiento de nuestro autor, efemérides solemnizada en un número especial de la erudita revista *Archivum* y difundido a un público algo mayor por la entonces perseguida revista *Ínsula*. Mientras, en el extranjero empezó a *floreecer* el campo de los estudios clarinianos...

Menos desconocida es, para el público general, la historia más reciente: el éxito que alcanzó en el 1966 la primera edición de bolsillo de *La Regenta*; la conmemoración en 1981 de los ochenta años de la muerte del autor, dejando así libre de derechos toda su obra; el centenario en 1984 y 1985 de la publicación de *La Regenta*, con congresos internacionales y una oleada de publicaciones de toda clase; y por fin, el presente centenario –con sus congresos y Comisión nacional-- de la muerte de Leopoldo Alas, motivo entre otras cosas de estas palabras mías.

Los relatos de Clarín

También está sirviendo esta ocasión – pues se trata de un año largo-- para volver con ojos nuevos a su producción literaria, cuya vigencia para el lector de hoy se está poniendo de manifiesto cada vez más ante un público más amplio por medio de números especiales y artículos dedicados a Clarín en la prensa del día (por ejemplo, *ABC*, *La Vanguardia*, *Época*...) así como por ediciones de obras suyas, como viene de ocurrir en el caso de los antes citados *Cuentos completos*, cuya publicación ha coincidido felizmente con el presente centenario, llegando así a aprovechar del consiguiente incremento de conocimiento por parte del lector no especializado. Además de reunir en sus dos volúmenes todos los cuentos y novelas cortas recopilados en su día por el autor, ofrecen por vez primera al público general un número importante de narraciones --algunas de ellas inacabadas-- hasta ahora inéditas o de otro modo inaccesibles, siendo esto, junto con un “Cuadro cronológico de los relatos y fragmentos narrativos de Clarín”, lo que constituye un adelanto importante en el conocimiento de este aspecto fundamental de su obra de invención. Del contenido de estos dos tomos y del papel desempeñado por su narrativa breve en la literatura de Leopoldo Alas quisiera ocuparme brevemente en el tiempo y espacio que me quedan.

Para empezar, celebremos el hecho de que hoy en día el relato –tanto el cuento como la novela corta, que no tan fácilmente pueden diferenciarse entre sí--, género que siempre se ha subvalorado, esté gozando cada vez más del prestigio artístico que tanto se merece. En el caso de Clarín, su extensa, y valiosísima, labor cuentística, y con ella su extraordinaria segunda novela *Su único hijo*, se han visto *aplastados* –casi literalmente-- por la fama de la historia de las vacilaciones, tentaciones y subsiguiente *caída* de Anita Ozores en la primera --y

voluminosa-- novela de Clarín, *La Regenta*, una fama merecidísima desde un punto de vista literario, claro está, pero también – desde su publicación original— debida en gran parte a factores extraliterarios tales como su anticlericalismo así como las *escandalosas* fantasías eróticas del protagonista cura, temas tan *ensurados* en su día por lectores neo-católicos o pudorosos como por los *valedores* franquistas de la moral pública durante los primeros veinticinco años después de la guerra civil. Según sigue ocurriendo en el caso del *Quijote* en relación con el resto de la obra de Cervantes, la de Leopoldo Alas ha sido ensombrecida por *La Regenta*.

Hasta ahora. Y también debido a una variedad de factores, no todos ellos de tipo literario... como, por ejemplo, el del tiempo: ¿quién dispone en el día de hoy de las horas que requiere la lectura de una novela tan densa como aquella a la que debe Leopoldo Alas su celebridad? (También se ha puesto de moda en años recientes *leerse* el *Quijote* en versiones abreviadas... o bien, como ocurre hasta en algunos programas de doctorado de literatura española, ¡ni siquiera tomarse la *molestia* de trabar conocimiento directo con la más grande y trascendente de todas las novelas...!) La narrativa breve, en cambio, resulta ser en primer lugar más abarcable. La de Clarín tiene para el lector contemporáneo una serie de atractivos: unos temas humanos y sociales en su mayor parte tan *relevantes* en la actualidad como lo eran en el último cuarto del siglo XIX; unos argumentos bien contados, con una mezcla de concisión acompañada de detalles descriptivos cuando vienen a cuento; una amplia gama de tonalidades que se extiende desde lo irónico o satírico hasta lo tierno o emotivo; una sensación frecuente de sentimientos íntimos, humanos, detrás de los que se sugiere alguna inspiración autobiográfica por parte del autor; y un punto de vista narrativa

superior, inteligentísimo, que sin embargo no desdeña nunca al lector.

Es importante recordar que, tal como ocurriera en el caso de sus numerosos artículos de crítica, publicaría primero Leopoldo Alas sus relatos en la prensa —a veces en dos o tres periódicos o revistas simultáneamente— antes de recoger la mayor parte de ellos —aunque no todos— en volumen. Son varias las razones, entre las que sobresale la económica: era modesto, sobre todo para un padre de familia, el sueldo de catedrático, pero tenía también nuestro autor ciertas deudas de tipo personal que debía pagar. Pero igualmente importante fue su compromiso en cuanto intelectual y artista para con el público lector burgués de la prensa de aquel entonces, o sea, con *sus* lectores. De ahí, la actitud directa, comprometida, frecuentemente didáctica, de sus ficciones (y la consiguiente dificultad, en más de un caso, para precisar el género al que pertenece un texto suyo...). Escribía el periodista Clarín, uno de los mayores estilistas de la prosa castellana —recuérdese— para ilustrar a la vez que entretener, para *enseñar deleitando*, sin condescendencia ni prédicas, a un extenso público de lectores —y lectoras— de su época: un afán y habilidad comunicativos que atraen con igual intensidad e interés al público lector actual.

Los 128 relatos (cuentos, novelas cortas y fragmentos narrativos) reunidos ahora bajo el título de *Cuentos completos* de Clarín fueron redactados a lo largo de un cuarto de siglo: entre 1876 y 1901. Están caracterizados por una gran diversidad, no sólo —según ya se ha dicho— de temas y tonalidades sino también de técnicas narrativas. La mayor parte de ellos son realistas, aunque no faltan en algunos de éstos elementos fantásticos; otros son puras invenciones de fantasía. Aunque la mayoría están ubicados en un *presente* contemporáneo al de su autor, hay algunos —por ejemplo, los dos relatos situados en

Italia, *Vario* y *Amor' è furbo*-- ubicados en el pasado... o hasta en el futuro (piénsese en el titulado precisamente *Cuento futuro*). Los espacios en que se mueven los personajes clarinianos son en su mayor parte los que conocía su autor: Madrid y sus alrededores, Zaragoza y —sobre todo a partir de su vuelta permanente a Oviedo— el norte de España: ficticios pueblos, aldeas, balnearios y el bucólico campo asturiano. Responden todos, por último, a una de las dos vertientes básicas de la narrativa breve de Alas --la de la cabeza o la del corazón--, constituyendo todos ellos, en su conjunto, una especie de *autobiografía* ficticia de su creador, quien, mediante un proceso de metamorfosis artística, solía transformar en ficción sus propias vivencias.

Antes de repasar aquí las tres etapas básicas del desarrollo de la cuentística clariniana, quisiera volver por un momento al tema de su aparición en la prensa y subsiguiente recopilación en volumen por nuestro autor. Resulta ser éste el proceso normal que seguiría Alas en el caso de la mayor parte de sus relatos, cuyos textos solía enviar por correo a la redacción de la publicación en cuestión en cuanto los terminaba —en el caso de los breves— o bien, al tratarse de una narración más larga, por entregas (así redactó *La Regenta* y así redactaría —con muchísima menos fluidez, según consta la correspondencia con sus editores reproducida luego por Blanquat y Botrel— su segunda y última novela, *Su único hijo*. Entre la versión aparecida en la prensa y la recogida en volumen apenas había, sin contar con erratas subsanadas, una diferencia apreciable, con quizá dos excepciones: el cuento *Vario* (véase los dos textos reproducidos por mí en "*Vario*"... y *varia*) y la novela corta *El caballero de la mesa redonda*, cuya redacción original fue interrumpida por Alas en 1886 y completada, con bastantes retoques estilísticos, nueve años después.

Por razones que se desconocen, aunque en algunos casos se pueden adivinar, otros textos narrativos --según consta en el antes citado “Cuadro cronológico”-- quedarían sin acabar, por lo cual tampoco fueron recopilados en su día por el autor, *condenados* con ello a esperar, pacientemente, en los archivos de hemerotecas para ser *rescatados* y reimpresos muchísimas décadas después por investigadores especializados en la obra de Clarín. Uno de los más interesantes de estos fragmentos es el titulado *Cuesta abajo*, que parece ser un reflejo autobiográfico, *disfrazado* de ficción, de un momento de honda crisis espiritual por la que, al tiempo de redactarlo, estaba pasando su autor.

¿Sería también debido a razones no sólo artísticas sino de índole personal que dejaría Alas otros relatos sin terminar? No se sabe, como tampoco se sabe por qué optaría por no recopilar unos cuantos relatos suyos --algunos de ellos buenísimos-- a posteriori en volumen. Son éstos misterios que llevaría consigo a la tumba su autor.

Una autobiografía ficticia

Se habló antes del proceso de la creación literaria de Leopoldo Alas que le permitía transformar en arte sus propias vivencias, algo que ocurriría ante todo en el caso de la narrativa breve. Al decir “autobiográfico” me refiero no sólo a las vivencias físicas del autor --sus experiencias personales así como otras que le llegarían a la atención, sea mediante la observación ajena, sea mediante la lectura-- sino también a *vivencias* suyas intelectuales o bien emocionales: toda aquella gama que se extiende desde lo conceptual hasta lo emotivo, de la cabeza al corazón. Desde la inspiración hasta la concepción pasaría dicha materia prima por un proceso de metamorfosis que constituye, precisamente, el de la creación. Poco sabemos de los detalles de dicho proceso que sin embargo

se intuye a lo largo de su trayectoria literaria, que puede dividirse en tres etapas fundamentales.

1. Narraciones juveniles.

Corresponde esta etapa a la década larga que pasaría el joven Alas, excepto las vacaciones, en la capital: años de un aprendizaje literario inaugurado por su parte en 1876 --que es cuando, por cierto, adopta el pseudónimo de “Clarín”-- y se extiende hasta el mes de junio de 1882. De esta época se recogen en los *Cuentos completos* una veintena de textos narrativos --terminados unos; otros sin terminar-- de los que su autor recopilaría sólo posteriormente en volumen apenas nueve. Se caracterizan por elementos costumbristas, por las ideas que ilustran, por su exploración de la fantasía, o bien por su parodia mordaz... Son años de experimentación y tanteos durante los cuales irá perfeccionando Leopoldo Alas, rápidamente y a través de una multiplicidad de vertientes, su propia técnica narrativa. Algunos de los más interesantes, como el titulado *Doctor Sutilis* --recopilado por vez primera póstumamente, junto con otros de esta época, en el volumen de las falladas *Obras completas* al que da título--, constituyen una especie de educación sentimental. Hay también interesantísimos relatos de adulterio, triángulos amorosos, personajes lascivos, otros celosos, matrimonios incompatibles, literatas grotescas y sabios cornudos...

Dentro de toda esta galería de narraciones quisiera señalar aquí tres que tienen a juicio mío un interés especial. Ubicado en una ciudad “vetusta” del norte de España y protagonizado por un joven “magistral” que de repente se siente colmado de sentimientos voluptuosos, *El diablo en Semana Santa* (1880), semilla de la escena de la misa del gallo en el capítulo XXIII de *La Regenta*, contiene pasajes de una enorme belleza poética. *La mosca sabia* (1880), por su parte, combina el

lirismo de la expresión amorosa con una brillante riqueza intelectual dentro de un finísimo juego de fantasía y realidad. El que narra ahí en primera persona lo que sería su propia *educación*, tanto formal como sentimental, resulta ser también el primer protagonista animal de Clarín. Por último, en *Un documento* (1882), relato de una gran complejidad formal y un estilo sumamente pulido, da un paso importante Leopoldo Alas hacia el análisis psicológico de personajes así como en la técnica narrativa que desarrollará poco después en *La Regenta*.

2. Plenitud narrativa.

Se trata de una década clave –desde el verano de 1882 hasta el de 1892— en la vida y obra de Alas, quien en julio de aquel año contrajo matrimonio en Oviedo con Onofre García Argüelles. Pasarían los novios el siguiente año académico en Zaragoza, en cuya universidad había sido él nombrado catedrático. Allí sufrió la joven esposa, según Cabezas, un aborto, desgracia cuyas huellas se pueden rastrear indirectamente –creo yo— en una novela corta de aquella época, ubicada en parte en Zaragoza y titulada *Las dos cajas* (1883). Trasladada al año siguiente la pareja a Oviedo, donde tomaría posesión Alas de su antes referida cátedra, les nacerían sucesivamente tres hijos: Leopoldo (1884), Adolfo (1887) y Elisa (1890). Publicaría asimismo nuestro autor, cuyos artículos críticos salían con una abrumadora regularidad en la prensa diaria, los dos tomos de *La Regenta*; *Su único hijo* (1890); el volumen de relatos –anteriores todos a la redacción de aquella novela-- titulado *Pipá*; el de *Doña Berta*. *Cuervo*. *Superchería* (1892)... además de tres recopilaciones de crítica suya y siete *Folleto literarios*. Está al parecer –y desde un punto de vista profesional-- en auge; mas la realidad personal es otra: a mediados de la década entra en una profunda crisis depresiva, acompañada también de

padecimientos fisiológicos –incluso los primeros síntomas de la enfermedad que años después pondría fin a su vida--, lo cual, en su conjunto, terminaría entre otras cosas por minarle la confianza que había tenido en sí como novelista, algo que se manifiesta, según documenta su correspondencia con sus editores publicada por Blanquat y Botrel, en el dificultoso y vacilante *engendro* de *Su único hijo*. Uno de los resultados inmediatos de estos sufrimientos sería, pues, una especie de indecisión acompañada de una dificultad en llevar a cabo proyectos literarios anunciados sin embargo con entusiasmo en cartas suyas que datan de la época.

Pese a todos esos obstáculos, llegaría a redactar Leopoldo Alas durante esta época de *plenitud* suya relatos de una madurez y perfección estética cabales. Mencionemos aquí en primer lugar a tres recogidos luego en el libro *Pipá*: la maravillosa comedia *operística*, antecedente –aunque en otra tonalidad-- de *Su único hijo*, titulada *Amor' è furbo* (1882); el originalísimo monólogo *fúnebre* con el título *Mi entierro* (*Discurso de un loco*) (1882), precursor a su vez del sueño de don Pompeyo Guimarán tras asistir al entierro de don Santos Barinaga en el capítulo XXII de *La Regenta*; y la antes referida narración –también de fondo musical– *Las dos cajas*. En segundo lugar, conviene recordar las tres excelentes invenciones que integran el segundo y último volumen de narrativa breve de Leopoldo Alas de esta época: el memorable retrato del “parásito de la muerte” en *Cuervo* (1888); la compleja narración de un momento clave en la vida del protagonista, un “filósofo de treinta inviernos” achacado –como su autor-- de aprensiones nerviosas, narrada en *Superchería*; y la triste y conmovedora historia *Doña Berta* (1891), que, tanto en su contenido como en su lirismo, anticipa la nueva vena espiritualista –anunciada ya en *Su único hijo*-- que caracterizará una parte

importante de la narrativa clariniana de la época siguiente.

3. Madurez y dedicación plena al relato.

A los últimos nueve años de su vida corresponde más de la mitad de la cuentsística clariniana, dentro de la que figuran muchos de los títulos suyos más conocidos. Esta producción impresionante, atribuida quizá en parte a un deseo de autoexpresión como respuesta a un continuo deterioro físico, fue recopilada por el autor en tres volúmenes: *El Señor y lo demás, son cuentos* (1893) –cuya primera narración fue suprimida del libro por la censura en el año 1944 en una edición del bolsillo, resultando con ello en un cambio de título–; *Cuentos morales* (1896); y *El gallo de Sócrates* (1901). El antes referido cambio de inflexión en la obra clariniana, cambio vinculado a su vez con otro igualmente hondo en la vida del autor, se ve reflejado en el prólogo a *Cuentos morales*, único ensayo introductorio suyo a una recopilación de ficción, donde le ofrece Leopoldo Alas a su lector un autorretrato junto con un *ars poetica*. Cito a continuación algunos pasajes de interés:

No es lo principal, en la mayor parte de estas invenciones más la descripción del mundo exterior ni la narración interesante de vicisitudes históricas, sociales, sino el *hombre interior*, su pensamiento, su sentir, su voluntad. [. .]

Yo no soy viejo todavía pero, como si lo fuera... porque ya no soy joven. [. .] [H]oy me *llena* más el alma (más y mejor ¡parece mentira!) que el amor de mujer la llenó nunca [la idea] del *Bien*, unida a la palabra que le da vida y calor: Dios. [. .]

[M]i *leyenda* de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura; y espero que me acompañe hasta la hora solemne, pero no terrible, de la muerte.

Siendo tan prolífica la narrativa breve clariniana de esta época, tendré que ceñirme aquí a un número limitado de

textos que me parecen de especial interés. En el volumen encabezado por *El Señor* (1892) sobresale con creces dicha novela corta, la conmovedora historia del callado amor que atormenta al sacerdote protagonista, especie de versión *buena* del de *La Regenta*. También conmueven la hermosa fábula titulada *La rosa de oro* (1893) con que se cierra el volumen así como el estremecedor relato de una crisis recreada en *Cambio de luz* (1893), y deja una impresión duradera la mezcla de sinceridad con una ironía mordaz en *Rivales* (1893), *Benedictino* (1893) y *Rivales* (1893). De entre los veintiocho *Cuentos morales* son especialmente memorables los de una honda sinceridad, como, por ejemplo, la profunda tristeza y lirismo de *El dúo de la tos* (1894); la indagación en el acto creador en *Vario* (1894); o la recreación de la envidia en *Cristales* (1893). Pese a la negación de nuestro autor en el prólogo al libro –“No digo *Cuentos morales* en el sentido de querer, con ellos, procurar que el lector de edifique, como se dice”–, muchos de los relatos comprendidos en él ilustran vicios y pecados humanos. Finalmente, en *El gallo de Sócrates* sobresalen el cuento de dicho título (1896), donde se podría ver una filosófica preparación de parte de Alas para su propio final; el agudo e irónico estudio humano en *Dos sabios* (1899); y la imposibilidad de cualquier compenetración emocional entre el hombre y la mujer en *El entierro de la sardina* (1897) y *Aprensiones* (1901). El último texto, *Reflejo (Confidencias)* (1900), donde se borra la frontera entre realidad y ficción, ofrece un (auto)retrato veraz del escritor en su soledad, resignado ante la inevitable muerte.

Conclusión

Largo ha sido nuestro recorrido de la obra del *Clarín cuentista* de cuya figura he sido tan amablemente invitada por los organizadores del presente ciclo

conmemorativo a ocuparme aquí, en el Ateneo de Madrid. Espero que tanto mis comentarios acerca de la narrativa breve de Leopoldo Alas como mis observaciones de tipo introductorio hayan interesado al público, cuya atenta asistencia a esta **Obras citadas**

conferencia sólo me queda ahora por agradecer.

Carolyn Richmond

Madrid el 22 de mayo de 2001

ABC Cultural, Nº. 469 (20 enero 2001), 1-22.

Alas, Adolfo, ed. *Epistolario a Clarín: Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés*, Madrid, Escorial, 1941.

---, ed. *Epistolario: Marcelino Menéndez y Pelayo, Leopoldo Alas (Clarín)*, Madrid, Escorial, 1943.

Alas, Leopoldo, "Clarín", *Cuentos completos*, ed. Carolyn Richmond, 2 vols., Madrid, Alfaguara, 2001.

---. *Obras completas*, 4 vols., Madrid, Renacimiento, 1913-1929. [Vol. I, *Galdós*; II, *Su único hijo*; III, *Doctor Sutilis*; IV, *Doña Berta, Cuervo, Superchería*].

---. *La Regenta*, ed. Gonzalo Sobejano, Madrid, Noguer, 1976.

---. *Siglo pasado* [1901], ed. José Luis García Martín, Gijón, Libros del Pexe, 1999.

---. *Su único hijo*, ed. Carolyn Richmond, 2ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1990.

Archivum, Vol. 2, Nº. 1 (1952).

Azorín [José Martínez Ruiz], "Oviedo: En la biblioteca de Clarín", *Los clásicos redivivos—Los clásicos futuros* [1945], Madrid, Aguilar, 1948.

Blanquat, Josette y Jean-François Botrel, *Clarín y sus editores. 65 cartas inéditas de Leopoldo Alas a Fernando Fe y Manuel Fernández Lasanta, 1884-1893*, Rennes, Université de Haute-Bretagne, 1981.

Cabezas, Juan Antonio, "Clarín", el provinciano universal [1936], Madrid, Espasa-Calpe, 1962.

Época, Nº. 851 (8-14 Junio 2001), 74-77.

Ínsula, Nº. 76 (Abril 1952).

La Vanguardia, "Libros" (8 Junio 2001), 1-7.

Pérez de Ayala, Ramón, "'Clarín' y don Leopoldo Alas", en *Doña Berta, Cuervo, Superchería*, Buenos Aires, Emecé, 1943, 7-26.

Posada, Adolfo, Leopoldo Alas, "Clarín", *Oviedo, La Cruz*, 1946.

Richmond, Carolyn, ed., "Vario"... y varia: Clarín a través de cinco cuentos suyos, *Madrid, Orígenes*, 1990.

---. "Liberal convencido" ["De centenarios y otras ocasiones: In memorium de Clarín"], *El País*, "Babelia" (9 junio 2001), 10.

Carolyn Richmond es catedrática emérita de literatura española en la City University of New York.

VIGESIMOPRIMERA PERMANENCIA

Por CARLOS OLLERO BUTLER

A la dulce memoria
de Conchita García-Gallo
con veintitantos años.

(Lentísimo.)

..... dones de los que mi memoria me hace obsequio;
gracias con las que mi recuerdo me agasaja.....

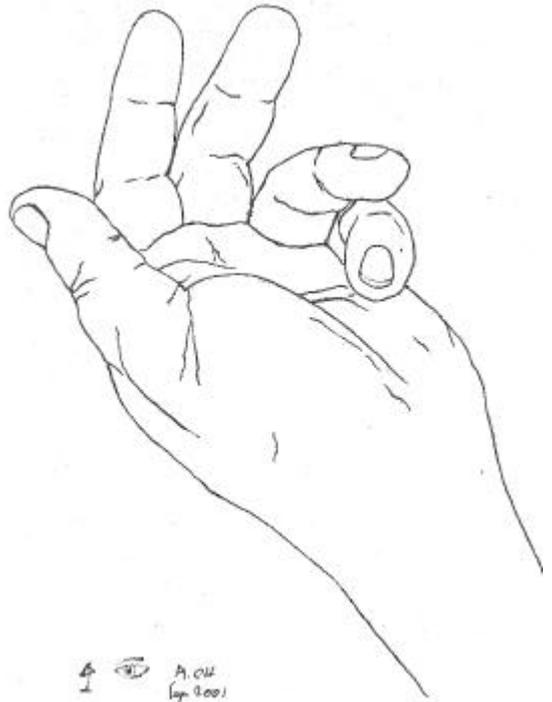
Que nadie piense que esto es un poema.
Se trata, simplemente, de un chaleco antiolvido....
un grito de memoria;
mi peculiar diatriba contra Alzheimer.
Una herida de luz en mi recuerdo
para poder decir que aún sigo vivo
y asegurarnos que poco me arrepiento.

Os diré que no olvido, por lo pronto,
el refulgente amanecer de Carlos,
ni la solemne entrega de Virginia
(abnegación iridiada por la calma);
ni la lenta despedida de mis padres:
tibios, silentes, blancos, sin perfil.

El telégrafo limpio
de las alas de un ave

muy remota.

(quizás desde las cumbres
legendarias del Gorgo)
aglomera en mi mente
la quimera de un nombre;
ideas, remembranzas,
horas, trabajos, suertes, situaciones
que anidan en mi juicio
en confuso concierto desvaído.

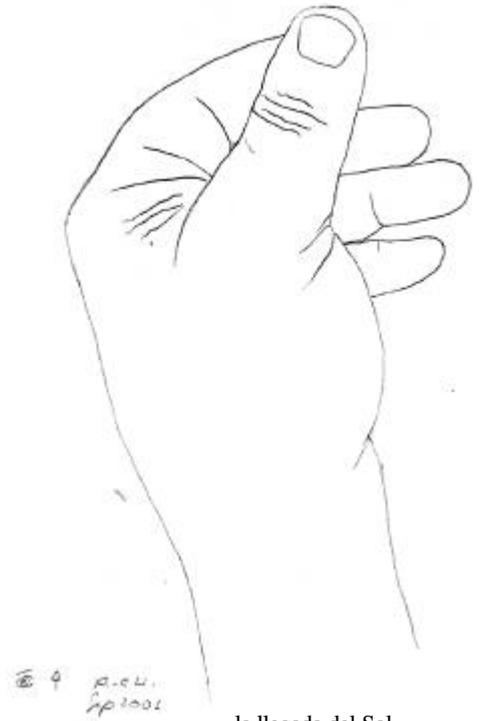


Fluye la luz dorada
de un Madrid en verano —sofocante—
que entra por las rendijas
de la persiana arriada de mi cuarto.

Viene Gustavo Fabra
enfundado en su abrigo misterioso
de galaica humedad
(meigas y trasgos con el alma rota).

Llega, también,
la Pertierrina alegre y bondadosa
que tiene sus mejillas
recubiertas de miel color de miel.
Vienen vencejos puros
ateridos de miedo y de tristeza
a coronar, temblando,

aquella testa atroz de El Gran Poder.
Está Carmiña—juvenil y tenue—
que baila, divertida,
al compás de una música de moda
(puede que de Paul Anka....,
estoy casi seguro)
y luce el desenfado
de su casto kan-kan.
Igualmente me llega—no se sabe de dónde—
el rajo desgarrado y lacerante
de una “soleá” dicha
por Santiago Donday.
También se viene el cine:
maquinaria de sueños realizados....
(y el comisario Quinlan, sudoroso y falsario,
de aquel insoslayable
“toque de mal” de Welles.)
Y también se me acerca
(de una ancha cinta blanca
circunvalado el pelo)
Rosi de los abismos
cuya presencia anuncia
Hay Nieves y Milagros....
y Paloma Vallejo: fortaleza fingida,
pululada de espejos
de incertidumbre abstracta y deprimida
(un ser digno de afecto
que hasta los mismos dioses
brindasen con largueza.)
Se acerca Eleanor Rigby, recogiendo del suelo
el miserable arroz que la alimenta;
y el Divino Marqués en su letargo



la llegada del Sol.

vivificante, mórbido y medido.

Polígono templario, se viene hacia mis centros
Vera Cruz en Segovia, desolada y letal.

También me sobrevuela

(anudada al lamento)

la temblorosa súplica, inconclusa, de Brel;
y triza mis oídos

(vertiginosa y triste)

otra súplica errática, esta de vez de Brassens.

Se viene el estallido, crepitante y visible,
de aquel vaso de agua inventado por Tip.

Intuyo, en lo lejano, el orto perseguido
de la forma masónica de concebir el Bien;
y percibo la imagen velada de un Partido
quebrado por el ansia de construir la Paz.

Noto a Curro Romero,
con los brazos dormidos,
en la lenta fragancia

de una eterna verónica

no sé si terrenal.

Se me avalanza Cádiz—milenaria y salada—
a la anegada sombra de Tartessos herida.

Atisbo a Mastroiani sucumbido en el llanto;
y a Nikolay Cherkasov atronando el espacio
con la hiedra metálica de su gesto y su voz.

Me asalta una leyenda de Bécquer

(con fantasma);

y la Victoria Ptera que
(a modo de crisálida desperezada y fría)
preside la escalera situada
en las sílabas quietas
del corazón del Louvre.

Se me acercan:

el olmo seco de Machado (Antonio), junto al
alma de nardo de Machado (Manuel).

No olvido la saeta
de los versos-de-joven
del Neruda que rige
la metáfora volcánica y exacta.

(Espero a Dirk Bogarde enamorado
de una columna dórica en Venecia;
y a John Gielgud rezando
no sé qué letanía funeraria y fatal.)

Me despierto en el centro de La Cacharrería,
refugio de murmullos y ojiva del perdón.

Me entusiasmo reuniendo
“esplendor-en-la-hierba“
junto a “gloria-en-las-flores”
que (hace ya mucho tiempo)
visualizó Kazán.

Me cautiva la tesis—poliédrica y precisa—
que en su obra completa
propuso Luis Buñuel.

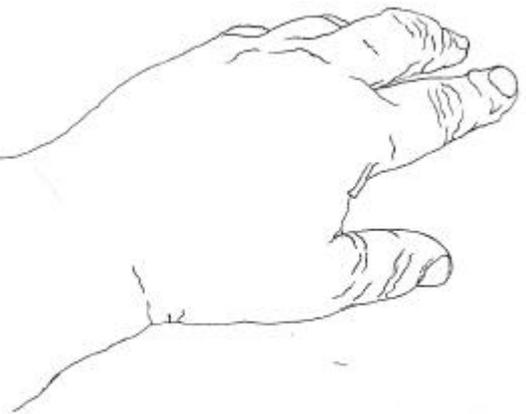
Me extasío observando
los esteros, las lunas, las corolas, los frisos,
las volutas, los limbos, las cascadas, el cuarzo,
un palio sevillano.....
y, muy frecuentemente,

el irrumpir del Sol.

(Cuando niña,
quería ser caballo.....)

Ahora viene Conchita.

(¿Exististe o te sueño?).



A. M. H.
Septiembre 1968

Conchita.....

Su recuerdo melancólico

(tan lejano y tan próximo,

inevitable,

triste,

leve....). Su sonrisa.

El fulgor de su rostro....,

las frases en sus ojos....,

la amargura en su llanto....

Su incondicionalidad

ilimitada y firme

El aroma de su inmediatez

dorada y tersa.

Su amor por mí sentido

(misterioso y rotundo.)

Sus cartas (que conservo): paciencia enamorada.

Sus manos y su talle....

....sus mejillas, su pelo.

Su manera de andar: perfecto acorde.

El "perfil delicado de su cuello".¹

La infinita congoja de su ausencia

(tan cercana y remota,

en el mismo momento.)

El sentido que hoy tienen sus cenizas,

¹ *Gracias, Ángel González:*

te lo tomo prestado.

Pocas veces será

- tan exacto - citado

el hermoso sintagma que ideaste.

(ya, estampada en el éter....

con diamantes),

vencedora del caos y de la hiel.²

Conchita de los álamos y el río.

Conchita de la luz en la mirada.

Conchita del resplandor

frente al ocaso.....

Yo te coronó

princesa del perfume

y de la aurora,

ama de las cadencias

y armonías,

señora de las palmeras

y las playas,

dueña de los planetas

y los astros,

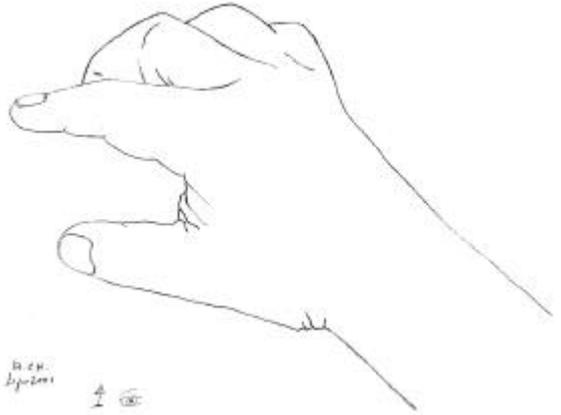
soberana del rayo

y la azucena,

precursora del eco

y la esperanza,

monarca de las brumas



² *Me excuso por la imposible invocación.*

Sólo un cendal de duda

lame (desde tu viaje)

mis adentros:

al formar inventario de tu vida...,

cuando hacías recuento de tu estancia...,

.... ¿ni un fugaz pensamiento para mí?

Por lo que nos unió tan fijamente...,

....¿ni un aura de ternura en tu recuerdo?

Por cuanto fuimos....

y cuanto no fuimos....

(pero con tanto empeño designamos),

¿ni un hálito de esmero por los dos?.

y del viento,
capitana de
ejércitos etéreos,
gobernadora del pan
y de las almas,
libertadora del sueño
y del olvido,
dominadora de estelas
y de ondas,
redentora de fechas
y latidos,
propietaria del mar
y de las algas.
Diosa de los espíritus.
Reina de los espacios
al Este del Edén.
Emperatriz del tiempo.
Patrona
de los lapsos....
y de todos los siglos
de los siglos.
Amén.

Carlos Ollero Butler
Cádiz, Agosto de 2001.

Dibujos originales donados por
Álvaro Chávarri al autor.
(Trabajos a lápiz graso)

NOTAS DE UNA CONFERENCIA “CLARÍN NOVELISTA” 6 de junio de 2001

En la década de los sesenta del siglo pasado, *La Regenta* era aún una novela maldita. Apenas había ediciones, recuerdo una, una sola, de Planeta, y de lujo, cara. Y en la década de los sesenta me tocó dictar un curso en la Sorbona, sobre *La Regenta*, tuvimos que pedir una edición mejicana, en dos tomos.

Dividí el curso en tres totalizaciones: *Texto*, *Autor* y *Sociedad*. Entonces dominaba en París, la Sociología y yo era discípulo de Lucien Goldman. Las tres totalizaciones o análisis, dieron algunos resultados que aún considero válidos.

No hay ningún problema para la delimitación del *texto*, ni tampoco para comprender el argumento o tema de la obra. Sin embargo, surgen algunas obviedades olvidadas por la crítica. Ante todo, no nos entramos con una novela de protagonista femenino, Ana Ozores a pesar de dar título a la obra, sólo es coprotagonista. Basta echar la cuenta al nivel de tema: Ana protagoniza 11 capítulos, y el otro protagonista de la obra, Fermín de Pas, 9, los dos juntos protagonizan 4 capítulos. La primera consecuencia de esta obvia observación es la siguiente: *La Regenta* tiene y no tiene que ver con *Madame Bovary*, no nos encontramos ante la historia de una mujer sino ante la historia de una mujer malcasada y la historia de un presbítero ambicioso.

Otro estudio que también pertenece a esta primera totalización de la obra, consiste en la enumeración y su consiguiente clasificación, del resto de los personajes de la obra. Treinta en total y que en principio, corresponden a las diferentes clases o estamentos de la obra. Aunque como es natural, el mundo obrero está descrito o integrado en la novela de un modo

artificial, y hasta muy intencionado, como tendremos ocasión de observar.

Tiempo y espacio. Tres años transcurren; en cuanto al espacio de sobra es conocido la presencia, la omnipresencia, mejor, de Vetusta, trasunto de un Oviedo al que volveremos después. El que pasen tres años en la novela, llevó a más de un crítico a hablar de la morosidad de la obra.

El segundo análisis, *Autor*, sólo nos interesa en cuanto a la relación del autor y su obra. Luego sólo es significativa la biografía de *Clarín* a la hora de escribir *La*



Regenta.

Conocemos bastante bien la biografía del autor, un dato importante, en 1882 es nombrado catedrático de Economía Política de la universidad de Oviedo. Y ahora una pregunta ¿aparece la universidad o los profesores universitarios, en *La Regenta*? No, no aparecen, aunque el autor se le escapa una frase: “El reloj de la Universidad dio las tres” ¿Por qué no aparece la universidad de Vetusta si Vetusta es, en principio una totalización de Oviedo?

Clarín es republicano, en 1878 ha sostenido su tesis titulada *El Derecho y la Moralidad*, nada original, pero lo original consiste en recordar que esta tesis fue dirigida por el campeón del Krausismo, Francisco Giner de los Ríos.

¿Qué conciencia política tiene *Clarín*? Y de la misma manera ¿cuál es la conciencia artística de *Clarín*, sus ideas sobre la novela? A subrayar enseguida, que aunque se pudieran contestar con toda exactitud a estas preguntas, sólo nos interesan en relación a la novela. El republicanismo de *Clarín*, su krausismo no aparecen exactamente en *La Regenta*. Cuando el autor escribe *La Regenta* parece estar ya más allá de las ideas que formaron su juventud y parte de su madurez.

Clarín que ha participado en los festejos populares cuando se destronó a Isabel II, que ha escrito algunos artículos sobre la desastrosa situación de los obreros agrícolas andaluces, no parece ya creer en ninguna suerte de revolución más o menos obrera. Basta recordar el entierro el ateo Barinaga, este entierro que tenía que ser una auténtica manifestación antirreligiosa, acaba muy mal, con lluvia y rezos, y *Clarín* apostilla “todo aquello era una contradicción pues Vetusta no estaba preparada para un verdadero entierro civil”. *Clarín* puede soñar con un laicismo, seguramente lo desea, pero confiesa también su imposibilidad.

El *Clarín* republicano (recordemos, entre paréntesis, que los sublevados de 1936 fusilaron a un hijo de *Clarín*, que era el rector de la Universidad de Oviedo) no parece creer en la Restauración, lo mismo que Pérez Galdós, los tiempos de la Restauración son “tiempos bobos”. Todo ha fracasado. Y por eso en la novela no aparecen los partidos políticos exactamente, sino ligeras alusiones a los partidos dinásticos, unos más conservadores que los otros.

Si ponemos en relación la conciencia política de *Clarín* con el argumento o tema

que ya conocemos de su obra, observaremos que nos hallamos ante un gran fracaso. ¿Hay un paralelismo entre la conciencia política de *Clarín* y el argumento de su novela?

¿Cuál es la conciencia artística de *Clarín* en relación a la novela? *Clarín* nos ha dejado bastante claro, a través de varios artículos, su credo artístico. Credo que una vez más, hay que poner en relación con su obra, es decir, que lo mismo que ocurrió a la hora de analizar la conciencia política del autor, ahora, habrá que relacionar su credo artístico con *La Regenta*. Porque el autor puede ser plenamente consciente de su credo artístico, sin que este se plasme de forma determinante, en la obra.

Hay un artículo de *Clarín* publicado en “La Diana” de 1882 y titulado “Del Naturalismo”, que tiene la virtud de exponer las opiniones de nuestro autor no sólo sobre la escuela naturalista sino también sobre la novela. Resumiendo: hay que superar el idealismo subjetivo, no debe haber separación entre estética y vida, y la novela ha de adaptarse a la vida.

Un naturalismo bien entendido, supera la subjetividad del autor sin necesidad de caer en ninguna exageración realista. Se acepta el naturalismo pero siempre como un combate contra el naturalismo pero siempre como un combate contra el idealismo novelesco, subjetivo. Se admite así el sicologismo que también es un realismo.

En cuanto a la falta de separación entre estética y vida, *Clarín* está apuntando ya hacia el decadentismo novelesco que florecerá en Francia. Como en muchos otros puntos, *La Regenta* se adelanta a su época, es ya novela proustiana si se quiere.

Una novela adaptada a la vida, apunta sencillamente hacia la novela social, de crítica social. La novela debe contar lo que ve sin ninguna suerte de subjetivismo, sin idealismo. La crítica social se impone por sí sola. *La Regenta* recogerá esta crítica social y por eso será una novela pesimista, que cuenta no solamente el fracaso de la

Restauración, sino también de los mismos protagonistas de la obra. Se ha dicho que la novela empieza en lo alto, en la torre de la catedral, y acaba en suelo de la misma catedral con una protagonista derribada, caída, sin remisión posible.

En este momento, y siguiendo el tripartito análisis escogido, habría que comparar la conciencia artística del autor con la obra. Medir en lo posible, si efectivamente el credo artístico se plasma o no en *La Regenta*. De un modo general se puede responder por la afirmativa.

La tercera totalización o análisis, *Sociedad*, nos daría la correspondencia entre Vetusta y Oviedo. ¿Cómo era el Oviedo de la época de *Clarín*?

Oviedo anda por los 16.000 habitantes, en 1857 tenía 14.156 habitantes, y en 1900, 48.103. Se trata de una ciudad provinciana estructura según el modo un poco antiguo ya.

Existe una nobleza, recogida en la novela, que coquetea con la política pero ya sin grandes recursos económicos. En Asturias no existe el latifundio.

Los obreros han aparecido como fuerza política con gran fuerza a partir de 1870, sobre todo en tres provincias españolas, Cataluña, Vizcaya y Asturias. No hay por qué recordar aquí las mineras asturianas, sin embargo, *Clarín* no recoge en su obra el mundo obrero a pesar de su aparición en la misma.

En este Oviedo de finales del XIX, tiene gran importancia el clero (secular, regular, dedicado a la enseñanza, etc.) Hay que tener en cuenta que precisamente a partir de 1884, año en el que se está escribiendo la novela, aumenta considerablemente el número de centros de enseñanza a cargo de congregaciones religiosas. La mayor parte de ellas vienen de Francia, dónde han perdido la batalla contra la escuela laica y republicana. A principios del XX, había cerca de 900 centros de instrucción, colegios, etc., religiosos, regidos por religiosos y por religiosas. En la actualidad,

pasan de 600. *Clarín*, republicano y laico, parece tomar conciencia de esta invasión religiosa en todo lo que atañe a la educación.

El resto de las clases del Oviedo de entonces, artesanos, alta burguesía, políticos, burócratas, ejército, etc., de alguna manera están representados en la novela, con la excepción, ya anotada, de la clase o grupo social de los profesores. *Clarín* parece inhibirse a la hora de recoger la existencia de lo que tenían que ser sus compañeros.

De una manera general, y si intentáramos resumir este tercer análisis o totalización, se puede comprobar que la Vetusta de *Clarín* coincide de una forma general, con el Oviedo de entonces. Sin embargo, en toda buena crítica habría que señalar no sólo lo que está, sino lo que falta.

Supuesta esta crítica de los tres análisis o totalizaciones, que de alguna manera es puramente sociológica, habría que llegar a la interpretación de la novela. A notar que solo a partir de 1970, con Noel Valis, se estableció una bibliografía de esta obra. La establecida, antes, por Martínez Cachero, era a todas luces insuficiente.

En cuanto a la interpretación hay que señalar que, a partir de los 70 y 80 del siglo pasado, *La Regenta* se convirtió en algo así como la favorita de los críticos. La interpretaciones de la obra son innumerables, y sólo puedo señalar algunas.

La Regenta puede ser preproustiana, prevallainclana, preonírica, preposmoderna, etc. Combina el sexo y el misticismo, luego es ya una novela del decadentismo. Da gran importancia a los sueños, luego también se adelanta a Freud. No hay duda que es una obra flaubertiana pero también tiene puntos de contacto con el poeta Beaudelaire. Etc. y etc.

Un profesor, como Julio Rodríguez Puértolas, demuestra cómo el vampirismo inspira toda la acción de la obra, etc. y etc. Todas estas interpretaciones y muchas más que se podrían traer aquí a colación,

demuestran ante todo la gran riqueza de la novela y también su ambigüedad.

Hablar del “naturalismo del alma” en *La Regenta* nos llevaría a aplicar la teorías de Deleuze y otros posmodernos, y siempre, con éxito. La obra no parece agotarse nunca a la hora de su interpretación.

¿Resumen? No hay resumen posible, nos encontramos ante la mejor novela del XIX, la más totalizante, la más ambigua. Obra

donde se funde el realismo y el naturalismo, el sicologismo y la posmodernidad. Obra que marca nuevas direcciones y se adelanta a muchas de las soluciones que vinieron luego.

Juan Ignacio Ferreras
Socio nº 3.310

“CLARÍN JURISTA”

I

Resulta innecesario recordar a los que conozcan un poco la vida de Leopoldo Alas que éste era un hombre de derecho, un jurista, pero también un tipo de jurista peculiar. Nos hallamos ante lo que los anglosajones llaman, a veces despectivamente, un “academic lawyer”, un jurista académico.

No busquemos a Clarín como abogado, defendiendo pleitos, ni como funcionario, administrando la pobre realidad de la España de la Restauración. Leopoldo Alas era un profesor, un educador que vivía apasionadamente esta condición, y que jamás fue más allá, respecto al derecho, de reflexionar teóricamente sobre el mismo. Por otra parte, se trataba de un tipo aún más especial de jurista académico, porque se dedicó preferentemente a la filosofía del Derecho, esa disciplina de frontera en la que se abordan asuntos bien alejados del árido comentario del derecho positivo, que suele ser el objeto de otras especialidades.

La biografía de Clarín corrobora estas impresiones. Vemos a Leopoldo Alas licenciado en Derecho por Oviedo en junio de 1871, tras dos años de lo que no debieron ser demasiado profundos estudios. Su vocación jurídica no era probablemente muy firme. La venida a Madrid se hace con el objeto de estudiar Filosofía y Letras. Cursó ocho asignaturas de esta carrera, pero pronto se reorientó hacia el doctorado en Derecho y, tras aprobar las asignaturas correspondientes en 1877, leyó en 1878 una tesis sobre el Derecho y la moralidad, a la que haremos referencia más adelante.

Dispuesto a obtener un modo de vida digno, unos meses después se presenta a una cátedra de Economía Política y Estadística de la Universidad de Salamanca. Es propuesto como primero en la terna, lo que solía asegurar el acceso al

puesto, pero el conde de Toreno, Ministro de Fomento, nombra al segundo, en un acto poco habitual, sólo explicable por la filiación krausista, y crítica con tal autoridad, de Clarín, que le había dedicado algunos artículos de prensa bastante duros.

La llegada al poder de los liberales en 1881 hace que, en julio de 1882, sea nombrado catedrático de Economía en Zaragoza. Su dedicación a esta asignatura fue mínima. Apenas publicó un programa, que no ha pasado precisamente a la historia de la disciplina y algunas reflexiones menores en artículos de prensa. Pronto volvería al mundo jurídico propiamente dicho como catedrático de Derecho Romano en Oviedo, ciudad a la que se trasladó en 1883. Tampoco quedan vestigios del Clarín romanista porque, aunque desempeñó esta cátedra hasta septiembre de 1888, no publicó un solo trabajo en la materia. Es en este último año cuando, por fin, es nombrado por concurso catedrático numerario de Elementos de Derecho Natural o Filosofía del Derecho, la que era, como sabemos, su afición principal y su verdadera vocación.

Nos queda claro, por tanto, que Clarín fue un jurista académico y uno de los pertenecientes a la peculiar categoría de los filósofos del Derecho. Todo lo que hizo en el campo jurídico, si exceptuamos algunas alusiones en artículos de prensa, fue filosofía del Derecho y, por tanto, es en esas coordenadas en las que debe moverse el análisis de su obra: en las de un filósofo del Derecho del último cuarto del siglo XIX, que se forma y madura en la España de los principios de la Restauración.

II

Centrado el tema, parece que lo más adecuado es acudir a las fuentes. Como Alas es un jurista académico, la mejor manera de conocer su pensamiento son sus libros y artículos publicados. A ellos hay que añadir las ediciones aparecidas de sus apuntes de clase.

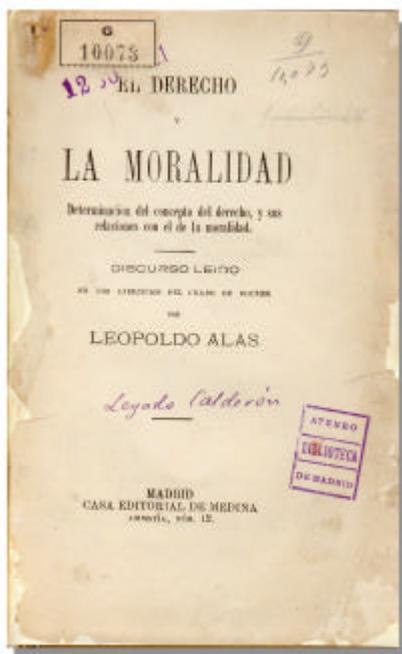
Los primeros no puede decirse que sean demasiados. Se reducen a su tesis doctoral, al prólogo a “La lucha por el Derecho” de Ihering, a la conferencia sobre Alcalá Galiano y a algunos artículos de temática jurídica de los muchos que publicó. De los apuntes de clase nos han llegado dos versiones. La de los tomados en 1896 por José María Acebal y objeto de publicación en 1986 por la Caja de Ahorros de Asturias, con estudios introductorios de García San Miguel y Elías Díaz, y la de los que recogió el curso 1899-1900 José Buyla, editados en 1990 por Justo García Sánchez para la Universidad de Oviedo.

Pasemos a examinar todos estos materiales siguiendo el orden cronológico. Su primer trabajo conocido de tipo jurídico es, como ya se ha dicho, su tesis doctoral, titulada “El Derecho y la moralidad”, y publicada en 1878.

Para situar esta obra en su contexto nada mejor que recordar su dedicatoria, que era en aquellos momentos de circulares de Orovio, segunda cuestión universitaria y expulsión de determinados catedráticos, toda una declaración de principios. En ella se coloca Alas como discípulo fiel de Francisco Giner de los Ríos, el máximo representante del krausismo jurídico

español. Caro le costó ese posicionamiento, por lo que ya sabemos que hizo el conde de Toreno, pero el mismo no solo era significativo políticamente sino también, y mucho, desde el punto de vista científico. Clarín krausista, por tanto, y discípulo de Giner. Dos datos importantes cuya total aclaración nos ocuparía más espacio del que disponemos. Baste con resaltar la adscripción de Alas a uno de los movimientos filosóficos más significativos de nuestro siglo XIX.

En su tesis empieza por nadar contracorriente diciendo que “todos los elementos fundamentales y características del derecho, son negados o falseados por la filosofía imperante...” (ALAS 1878, pág 12). Se enfrenta tanto al iusnaturalismo acrítico como al positivismo propugnando una curiosa definición de derecho -“el derecho es....el que en conciencia formamos, no por idealidad, sino por realidad inmediata en la conciencia misma, propiedad de relación que consiste en la condicionalidad de los fines naturales de todo ser, en cuanto dependen de la autoridad racional y libre”(ALAS 1878, pág 69)- y ocupándose de la distinción entre éste y la moralidad -“la moralidad atenderá a la pura intencionalidad de que han de ir acompañados los actos, buscando siempre el bien: el derecho mirará en cada acto la condición en que el fin racional del objeto depende del sujeto racional y libre obligado”(ALAS 1878, págs 101-102).



Clarín aparece en su tesis doctoral como un hombre informado, que sostiene posturas muy similares a las de su maestro, pero que demuestra un manejo considerable de la literatura jurídica al uso y se adscribe con claridad a un krausismo que por entonces gozaba de buena salud.

Muy diferente es su segunda publicación importante. Se trata del prólogo, de 1881, a la traducción de “La lucha por el Derecho” de von Ihering . En él Alas intenta remover las conciencias adormecidas por el triunfo de la Restauración y propugna una visión de los fenómenos jurídicos extremadamente inconformista. Como ejemplo de este “himno bélico”, como lo llamó Soler i Miquel, dos citas. La primera en la que el autor señala que “casi nadie se queja...de la especie de escamoteo del derecho propio, que con habilidad dudosa, pero con desfachatez admirable, nos dan en espectáculo continuo los poderes

constitucionales que equilibrados bien o mal entre sí, conspiran con perfecta armonía al fin de hacer ilusoria la llamada soberanía popular” (ALAS 1881, pág 51).

La segunda el lamento de que “la vida jurídica actual carece de ese fondo de eficaz energía que sólo engendra el sentimiento fuerte y constante del derecho, el cuál sólo aparece allí donde la justicia es una realidad que todo lo llena, que llega a todos los actos como debe, y en todo muestra su saludable influencia”(ALAS 1881, pág 53). Es quizás este breve texto lo mejor del Clarín jurídico, allí donde se muestra más original.

En la misma línea se encuentran sus reflexiones sobre la crisis del régimen constitucional vigente en España de 1820 a 1823, hechas en un conferencia de 1887. La concluía diciendo “si alguna vez hemos de conquistar la soberanía de veras, ha de ser trabajando el derecho como heredad del espíritu, día por día, hora por hora, sacando la libertad del terruño, de ese terruño amado de la patria...”(ALAS 1887, pág 520)

Como dijimos, el panorama del Clarín jurídico publicado se completa con algunos artículos, entre los que destacan los dedicados al derecho de la propiedad. En ellos nuestro hombre muestra una posición muy moderna respecto al mismo, con construcciones muy cercanas a la necesidad del respeto a lo que hoy llamamos su función social. Así, por ejemplo, en uno publicado en el periódico republicano La Unión, comentando un libro de Giner sobre el tema, el 21-6-1879 diría: “Si el derecho de propiedad individual fuera institución eterna, necesaria siempre como es hoy, toda reforma en esta esfera sería injusta y las escuelas y partidos que pretenden introducir variaciones en tal respecto merecerían la reprobación de las leyes...Este criterio, a pesar de que es absurdo, es el que reina, y no sólo las leyes, sino también la opinión de clases enteras, favorecen el estancamiento del derecho de propiedad,

hacen imposible el progreso económico ordenado y metódico y provocan las protestas revolucionarias que traen los mayores males y los peores remedios...”(LISSORGUES 1980, pág 208).

En otro, que ve la luz en El Día el 20-6-1883, insistió en estas ideas afirmando que “esa propiedad de dominio absoluto, ese señorío a la romana que hoy consagran las leyes, y que los individualistas exagerados llevan a las regiones de lo abstracto, al pronto necesitaría ciertos límites en el uso de ella si llegase a peligrar la existencia de todos, por culpa de los que tienen el dominio de la tierra”(LISSORGUES 1980, pág 225)

Pero ya hemos señalado que el jurista Leopoldo Alas es sobre todo un profesor. Era en su cátedra en donde volcaba todas las energías que no le ocupaba la literatura, que fue siempre su principal dedicación. Por eso son importantes los testimonios de los apuntes de clase de sus alumnos, de los que se han editado dos: unos de 1896 y otros de 1899-1900, el último curso que explicó en relativamente buena condición física. Como están próximos en el tiempo no varían mucho sus contenidos. En ellos se encuentran presentes sus preocupaciones de siempre, que podemos resaltar con citas de los de 1896. Así respecto a las relaciones entre el derecho natural y positivo, y a su peculiar concepción de aquél, nos dice que “no hay diferencia entre el Derecho Natural y el Derecho positivo; no hay que figurarse el Derecho Natural como una especie de derecho aparte que sirve como norma a los demás”(ALAS 1986, pág 111) y que “desde el momento en que hay algo en que todos convenimos existe ya el Derecho natural”(ALAS 1986, pág 148). En cuanto a su antivoluntarismo valgan estas dos muestras: “la voluntad del legislador no puede hacer que las cosas justas sean justas o injustas”(ALAS 1986, pág 111) y “la voluntad nacional era la que determinaba lo que era de derecho y lo que no lo era. La que lo dice sí, pero no la que crea derecho.

¿Cómo ha de crear derecho la voluntad nacional?”(ALAS 1986, pág 112). Sigue declarándose admirador de Krause y de Giner y nos da una definición de derecho tan abstrusa como la que sigue: “es en el ser una propiedad de relación; una relación determinada por la condicionalidad; una condicionalidad que se refiere al orden de actividad, la actividad en su relación al bien (o sea, al cumplimiento de la realidad conforme a la propia esencia del objeto), el bien no en todo sentido, sino el bien cuando es en la aplicación del medio al fin y la utilidad que depende de la acción de los seres libres”(ALAS 1986, pág 269). Sobre otros asuntos como la coactividad del derecho, que niega sea un elemento decisivo de éste, o las relaciones entre el derecho y la moralidad, nuestro hombre se muestra, en estas sus últimas incursiones en temas jurídicos, como una persona que ha evolucionado poco respecto a sus primeros escritos, que ya conocemos.

III

Para concluir parece adecuado preguntarse por la importancia de este aspecto de Leopoldo Alas. Creo que la respuesta debe ser matizada. Está claro que el filósofo del derecho no llega a la altura de quien, por citar al profesor Alarcos, es el autor de la mejor novela española después del Quijote. Clarín es un magnífico cuentista, crítico y novelista. ¿Qué lugar le corresponde como jurista? Sin duda uno mucho más modesto, entre otras cosas porque -nunca se remachará suficientemente esto- su principal dedicación fue la literatura; su principal de dedicación y, por otra parte, su más importante fuente de ingresos, lo que también es significativo.

Lugar modesto de quien, sin embargo, tiene interés como uno de los más importantes representantes del krausismo jurídico español y como un digno catedrático de Universidad. Tampoco hay

que dejar de tener en cuenta lo relativamente breve de su vida y el hecho de que en ésta produjera una cantidad importante de material literario y crítico. En resumen, Leopoldo Alas jurista no estuvo evidentemente a la altura de su alter ego cuentista, novelista y crítico, pero tampoco puede decirse que fuera una medianía como muchos que poblaban las cátedras de una Universidad que a duras penas lograba salir de su postración. Por eso creo que están justificados los trabajos de García San Miguel, Pau Pedrón, Maresca o Saavedra, que han puesto el acento en este aspecto de Clarín. Espero que este mío, tan breve, baste para picar la curiosidad de los lectores, pues pretende ser un invitación a aproximarse a esta faceta relativamente desconocida del gran autor asturiano.

Ignacio Torres Muro

Madrid, 7 de junio de 2001

OBRAS JURÍDICAS DE LEOPOLDO ALAS CITADAS EN EL TEXTO

- (ALAS 1878) El Derecho y la moralidad. Determinación del concepto de derecho y sus relaciones con el de la moralidad. Madrid. Casa editorial de Medina, 1878.
- (ALAS 1881), Prólogo a R. von Ihering. La lucha por el derecho. Madrid. Editorial Civitas, 1985 (edición original de 1881)
- (ALAS 1887), Alcalá Galiano y el período constitucional de 1820 a 1823; en La España del siglo XIX: colección de conferencias históricas celebradas en el Ateneo...durante el curso de 1885-86 y 1886-87, Tomo 2, conferencia 24; Madrid, Librería de Don Antonio San Martín, Imprenta de "El Liberal", 1886-1887.
- (LISSORGUES 1980) Artículos recogidos en Ivan Lissorgues. Clarín político. Tomo I. Université de Toulouse Le Mirail, 1980.
- (ALAS 1986) Apuntes de clase de Clarín, recogidos por José María Acebal. Caja de Ahorros de Asturias. Oviedo, 1986
- (ALAS 1990) Conferencias de Clarín: curso 1899-1900. Recogidas por D. José Buyla Godino. En Justo García Sánchez. Leopoldo Alas. universitario. Universidad de Oviedo, 1990.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA BÁSICA: Sobre la faceta jurídica de Leopoldo Alas existen diversos estudios, con algunas referencias a la misma, que pueden orientar lector. Son los siguientes: PAU PEDRON, La idea de derecho de Leopoldo Alas. Clarín; en Clarín. Ganivet. Azaña. Pensamiento y vivencia del derecho. Tecnos, Madrid, 1994; MARESCA, Hipótesis sobre Clarín. El pensamiento crítico del reformismo español. Diputación Provincial de Granada, 1985; GARCIA SAN MIGUEL, El pensamiento de Leopoldo Alas "Clarín". Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1987 ; y SAAVEDRA, Clarín. una interpretación. Taurus, Madrid, 1987.

CLARÍN, FOLLETISTA

Tomado de *Literatura de Bonafoux*
Luis Bonafoux (Aramis)

Pues... ¡ni que decir tiene el cisco que ha armado D. Leopoldo, o el cisco que armaron sus aficionados, con motivo del folleto *Cánovas y su tiempo!*

Armando Palacio Valdés, humorista de primera, publicó unas cuantas semblanzas, algunas de las cuales, la de Ayala por ejemplo, es, por lo buena, de lo que no se escribe. Nadie le dijo: “por ahí te pudras”, y si se lo dijo alguien, no se armó cisco, ni nada, con motivo de aquellas semblanzas.

Pero publica D. Leopoldo un folleto queriendo hacer la semblanza de Cánovas, y... se viene el mundo abajo.

Un periódico habla de la “profunda sátira” de D. Leopoldo. Otro dice que D. Leopoldo es ya mejor crítico que *Fígaro*. “Eso es la conspiración del silencio!” exclama un diario muy enojado porque le parece poco el bombo a don Leopoldo.

Hay que hablar más de un genio así. Hay que declarar obra de texto el folleto *Cánovas y su tiempo*. Hay, en fin, que coronar a D. Leopoldo.

Lo que es por mí, ya están VV. (hablo con los aficionados) levantándole a D. Leopoldo una estatua ecuestre en la mismísima travesía del General Pardiñas, a la vera de la de Espartero, para que diga el General: “¡Ya somos dos!”.

Pero debo decir, y digo, aunque lo sienta, que mi opinión difiere de la muy respetable de esos periódicos; y debo decir y digo, sintiéndolo todavía más, aunque no pueda llorar, que el folleto en cuestión es sencillamente tonto. Podrá parecerle excelente a Castelar, que es de los adulados en el folleto; pero en este barrio, que no gasta vecinos posibilistas, el folleto

se ha caído. Porque nos tiene sin cuidado que Cánovas sea “bizco,” y que su bigote tenga púas tiesas,” que en decir eso consiste lo principal del folleto. La verdad, no nos preocupa el físico de Cánovas, porque no nos dedicamos a eso. Tampoco nos preocupa que use “pantalón con rodilleras” y que se traiga un medio lío con una rubia... que eso es otro punto importante del folleto. Como novelista, D. Antonio será todo lo malo que quiera D. Leopoldo; y estoy por decir que *La campana de Huesca* es la peor de las novelas que se han escrito en España; pero ahora recuerdo que existe *La Regenta*. Como poeta, D. Antonio no es el más malo de España, porque todavía no se ha muerto D. Leopoldo.

En cuanto a que Cánovas le tuvo envidia a Revilla, y a Moreno Nieto, y se la tiene a Menéndez Pelayo, a Castelar, y... no sé si también a D. Leopoldo, crea este buen señor que nos importa un pito. Querer con tales armas matar a un monstruo así, es hacer lo del asno –y perdone don Leopoldo el modo de señalar– que pretendía matar al tigre dándole golpes con el rabo. –Cánovas pide golpes de macana y arremetidas de Rochefort.

Por lo demás, el público pesetero pide novedades. Si D. Leopoldo no sabía hacer folletos, pudo venir a Madrid y dejar seco el monstruo– con lo cual hubiérase vengado del perjuicio que le hiciera Cánovas quitándole una cátedra, según dice D. Leopoldo en él –pero no esquilmar al contribuyente sacándole una peseta a cambio de un folleto lila en prosa naturalista.

Lila, sí. Porque d. Leopoldo quiso probar que él, o *El*, es más listo que un lince, y que Cánovas es tonto de capirote. No trato de defender a Cánovas (¡mal tiro le den!) que también me ha hecho perjuicios, aunque no me haya quitado cátedra alguna; pero si él es tonto y nos tiene bajo su férula, ¿me quiere decir D. Leopoldo qué somos los demás? En cuanto a D. Leopoldo, ni merecía una peseta por probarnos que es listo, ni nos lo probó en el folleto.

Su señoría estará más empingorotado que el cimborrio de la Catedral de Oviedo. Pero, lo que es sin pruebas, no nos convence de que Castelar, como orador parlamentario, se mete a D. Antonio en un zapato.

D. Emilio será el *H* artista, y dirá cosas divinas, como aquello de los “gigantescos nopales,” que le pillé en *El Motín*; pero - ¡siempre hay un pero!- como orador parlamentario, no se las tiene tiesas con nadie. Créame D. Leopoldo: en este período lastimoso, Cánovas es el amo, y tenemos amo para rato si no viene V. de Oviedo a ejercer de polemista en el Congreso, y no se nos pone malo como se nos puso en el Ateneo.

De lo otro no hay que hablar, D. Leopoldo, porque su crítica es tan desdichada, que se vuelve contra V. mismo.

Vea V., si no.

Dice V. que D. Antonio envidiaba a Revilla porque dijo este: “Revilla, como orador, no llegó a la madurez.” Los aplausos que dedica a Revilla orador, son menos que los que dedica a Revilla crítico. Por ahí sale la envidia, ¿verdad, V.? Deprimiendo a Revilla orador, (dice V.) quiere Cánovas “levantarse dos cuartas sobre el suelo”.

Está bien... Vamos a suponer que ha probado V. que Cánovas es un Zoilo de mayor cuantía. Pues aplicándole a V. la mismísima crítica, nos resulta V. otro Zoilo. Porque si (habla V.) “la malicia

podría ver en este prurito (el prurito de cambiar las cosas) algo peor que la natural tendencia de D. Antonio a decir las cosas al revés”, esa misma malicia (no se alce V. con toda la malicia y déjenos una mijita a los demás) podría creer, juzgando por los elogios que V. dispensa al *orador*, que usted envidiaba al *crítico*.

No se incomode V., y hágame el favor de seguir leyendo. Revilla fue (habla usted) “orador como pocos; orador SOBRE TODO, orador cuyos títulos...”

Orador, y siempre orador, y orador SOBRE TODO.

No hay tal cosa, ¡SEÑOR!... Revilla fue crítico como pocos, crítico sobre todo, crítico cuyos timbres de gloria no tendrá usted nunca. Porque V. será todo lo libelista que quiera; pero crítico, lo que se dice crítico, un *Fígaro* (cuyo recuerdo le trae a usted medio loco), diga V. que no.

Si V. tiene derecho a poner de envidioso a Cánovas, porque éste elogio mucho a Revilla crítico, y no tanto a Revilla orador, habrá también derecho a ver la mismísima envidia en ese prurito de elogiar usted a Revilla orador (¡orador SOBRE TODO!) con mengua de Revilla crítico. Cierto que le llama V. “notable crítico” (ahí es nada, llamar notable a Revilla!); pero a empujones, allá en las postrimerías de la *defensa* de V., y para reforzar sus argumentos (?). No crea V. que se olvida que mientras Revilla estuvo en *El Globo* mirándole a V. con ojos de *Micromegas*... negaba usted que fuese crítico Revilla; bien que en artículos como el titulado *¿Dónde está Revilla?* Le negó V. hasta el modo de andar. ¿Qué más? Cuando dijo *Fernanflor*, queriendo elogiar, que estaba V. destinado a recoger la herencia de Revilla (¡qué más quisiera V.!) enseñó V. el despecho en un artículo publicado en *El Imparcial*.

En fin, todo eso y más pasaría sin protesta, si después de haberle dado a Cánovas ese palo de ciego, tal vez por probar que no sólo pega V. a los

chiquitines, no se descolgara cantando una solemnísima palinodia para reconocer espontáneamente:

1.º “La torpeza de su ingenio de usted. (¡No tanto, hombre; no tanto!)”

2.º Que D. Antonio “tiene ciertas buenas cualidades morales”. (¡Cá, hombre, cá! ¡Si D. Antonio es más malo que la quina!).

3.º Que D. Antonio “no leerá el folleto”. (No es flojo el bombo a D. Antonio. ¿Qué Dios es ese Cánovas que no lee lo que se escribe?)

4.º Que “caso de leerlo no sentiría el más leve rasguño”. (Entonces, ¡a qué se mete V. a arañar? Y sobre todo, ¡con qué derecho nos lleva V. una peseta?).

5.º Que “caso de sentirlo, no le preocuparía (a D. Leopoldo) el menor disgusto”. (El menor... puede. Pero tal vez le procure a V. el mayor de los disgustos llevándole al palo; porque ¡quién le manda a V. llamar bizco a nadie?).

6.º Que D. Antonio “ha dado pruebas (sí, dígalo *El Motín* y dígalo *El Progreso*) de no perseguir a los que personalmente le atacan si se contienen en los límites en que yo me contengo”. (Lo que es V. se contiene mucho... ¡tan contenido como es el chico!)

7.º Que D. Antonio “no sabe de la humilde existencia” de D. Leopoldo. (¡Cómo él no lee más que *La Revista de Ambos Mundos*, según dice V., y allí no ha salido usted!)

8.º Que D. Antonio “no lee papeluchos de gacetilleros”. (¿Gacetillero V? ¿Papelucho su folleto de V.? En fin... basta que usted lo diga.)

9.º Y si D. Antonio lee el papelucho, digo, el folleto, “despreciará” a D. Leopoldo.

Nada, amigo, que se pone V. perdido. Para ese viaje no necesitaba V. alforjas.

Hacer un folleto, bufando mucho al principio para arrepentirse a los postres y contarnos que no se enterará el interesado... tiene más gracia que Dios.

Yo no tengo el propósito de probar que Cánovas no es tonto. No lo será tanto que usted mismo, cuando nos advierte que “lo que dice Cánovas, nos suele importar mucho a todos, porque a lo mejor nos va en ello la vida.” (Esas son *aprensiones* de V.) No, no tengo el propósito de probar que Cánovas no es tonto; pero tengo en cambio la pretensión de ir probando en estos articulitos que V. no es un lince. Todo gratis. Nada de cobrarle a V. una peseta.

Y cuenta que mi tarea es más difícil que la de V., porque V. es tan poquita cosa, que apenas hay por donde cogerle, mientras que V. pudo hablar de Cánovas transeúnte, Cánovas poeta, Cánovas filósofo, Cánovas novelista, Cánovas historiador, Cánovas orador, Cánovas político, Cánovas pacificador, y con tan plausible motivo puso V. dos cartitas a guisa de epílogo, de lo más cursi en el género, y un intermezzo lírico, y, en fin, nos dio V. otra soberana lata por el estilo de la que nos propinó en *La Regenta*, que a la vuelta de un millar de páginas – durante las cuales se pasa la vida el lector deseando que aquella señora se la pegue a su marido con el *Magistral*, o con *Don Alvaro*, o con el Nuncio, se resuelve al fin a consumir el adulterio; un adulterio... retenido, para que aquello resulte librote.

Para que lo otro resulte también folleto, metió V. las cartitas, y metió el intermezzo, y, en fin, metió la pata.

O “el lindo y breve pie;” como cantan en los trópicos.

FOLLETOS LITERARIOS “CÁNOVAS Y SU TIEMPO”

A continuación reproducimos una selección de párrafos del folleto literario *Cánovas y su tiempo* de Clarín.

I

CÁNOVAS TRANSEUNTE

[...] D. Antonio, que se acercaba bastante, también tomaba sus tintes ideales, y a pesar del bigote de blanco sucio y de púas tiesas, y a pesar de los ojos que bifurcan, y a pesar del mal torneado torso, y del pantalón prosaico, muy holgado y con rodilleras, no *desentonaba* el grupo por completo, ni mucho menos pasaba a la categoría de chillón contraste. [...]

IV

CÁNOVAS... “LATENTE PENSAnte”

[...] Cuando Moreno Nieto declamaba en el Ateneo en aquellos inolvidables discursos que daban a la filosofía una fuerza dramática que no le viene mal y que tan pocos filósofos consiguen, multitud de personas formales, de la derecha y de la izquierda, conservadores y aun retrógrados, individualistas liberales y hasta socialistas de poco pelo (la formalidad y la seriedad sistemáticas no son patrimonio de un partido, ni siquiera de la especie humana); digo que al oír a Moreno Nieto las personas más metódicamente formales e incapaces de cambiar de opinión aunque los aspen, salían de la sala de sesiones sonriendo con lástima y compadeciendo al *pobre* D. José [...]

[...] El Sr. Cánovas no presenciaba jamás estas escenas, ni oía nunca los discursos de D. José; porque ¿qué iba a enseñarle a él aquel pobre señor que ni siquiera había sido ministro? No, no lo había sido ni lo sería mientras Cánovas mandase. De modo que si D. Antonio no podía ayudar a sus compañeros en seriedad y consecuencia filosófica a murmurar y compadecer a Moreno Nieto, de lejos implícitamente les daba la razón, absteniéndose

sistemáticamente de convertir en ministro de Fomento al orador ilustre [...]

V

CÁNOVAS NOVELISTA

[...] Si de Cánovas poeta hablé largo y tendido, fue porque D. Antonio es en esta materia reincidente; pero en cuanto novelista, tiene derecho a un eterno olvido, acompañado de un perdón generoso, puesto que no *lo ha vuelto a hacer*; no ha escrito más novelas en treinta y cinco años.

VII

CÁNOVAS ORADOR

[...] Que el Sr. Cánovas es orador, es indudable; que lo que dice nos suele importar mucho a todos... porque a lo mejor nos va en ello la vida, o por lo menos la tranquilidad y hasta el pan que ganamos con el sudor de nuestro rostro, también es evidente. Cuando D. Antonio vocifera desde el banco azul, por ejemplo, que va a ver cómo se las arregla para colgarnos a todos los que no pensamos como él [...]

IX

CÁNOVAS PACIFICADOR

Cuando manda Sagasta, surgen los motines.

Cuando manda Cánovas, surgen los regicidas.

A Sagasta le silban las *Instituciones*.

A Cánovas se las quieren matar; y ellas se le mueren.

X

CÁNOVAS PROLOGUISTA

[...] Así como D. Hermógenes era de oficio y ante todo opositor a cátedras, Cánovas es por esencia y potencia autor de prólogos. Unos han nacido poetas, otros

bizcos, otros oradores; Cánovas nació y morirá, prologuista. Es un prologuista lírico, *eminentemente subjetivo* y a la manera que Goethe se pinta a sí propio en sus obras, y cuando está hablando de

Guillermo Meister, o de Werther, o de Tasso, en cierto modo habla de sí mismo, ni más ni menos que a sí propio se escucha el autor[...]

SUMARIO

| | |
|---|----|
| Obras de “Clarín” en la Biblioteca | 2 |
| <i>El tiempo de Clarín</i> , por José Luis Abellán | 3 |
| <i>Apertura de las conferencias</i> , por Francisco Gómez Porro | 6 |
| <i>Clarín en el Ateneo</i> , por José Martínez Ruíz | 9 |
| <i>Clarín cuentista</i> , por Carolyn Richmond | 13 |
| <i>Vigésimoprimer permanencia</i> , por Carlos Ollero Butler | 24 |
| <i>Clarín novelista</i> , por Juan Ignacio Ferreras | 33 |
| <i>Clarín jurista</i> , por Ignacio Torres Muro | 37 |
| <i>Clarín folletista</i> , por Luis Bonafoux | 43 |
| <i>Cánovas y su tiempo</i> , por Leopoldo Alas | 46 |

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

En nombre de todos los Ateneístas, deseamos manifestar nuestro agradecimiento a D.^a María Ángeles González viuda de D. Gerardo Mariñas Otero, socio n^o 7357, fallecido recientemente, por el legado hecho a esta Institución de la biblioteca particular de su esposo.

La Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas concedió una subvención para los actos organizados por la Biblioteca del Ateneo de Madrid con motivo de la conmemoración del Centenario de la muerte de Leopoldo Alas “Clarín”.



Socio-Bibliotecario: Carlos Mendoza Bullón
Comisión de Biblioteca: Clemente Herrero Fabregat, Carmelo Lacaci de la Peña, Tomás Mallo Gutiérrez, Antonio del Mazo Unamuno
Directora de la Biblioteca: Lucía Sánchez-Piñol
Secretaría: M^a Jesús Martínez Monge

ATENEOS DE MADRID

C/ Prado, 21

28014 Madrid

Tel.: 91 429 74 42

Fax: 91 429 79 01

E-mail: ateneobiblio@wanadoo.es

<http://www.ateneodemadrid.org/>